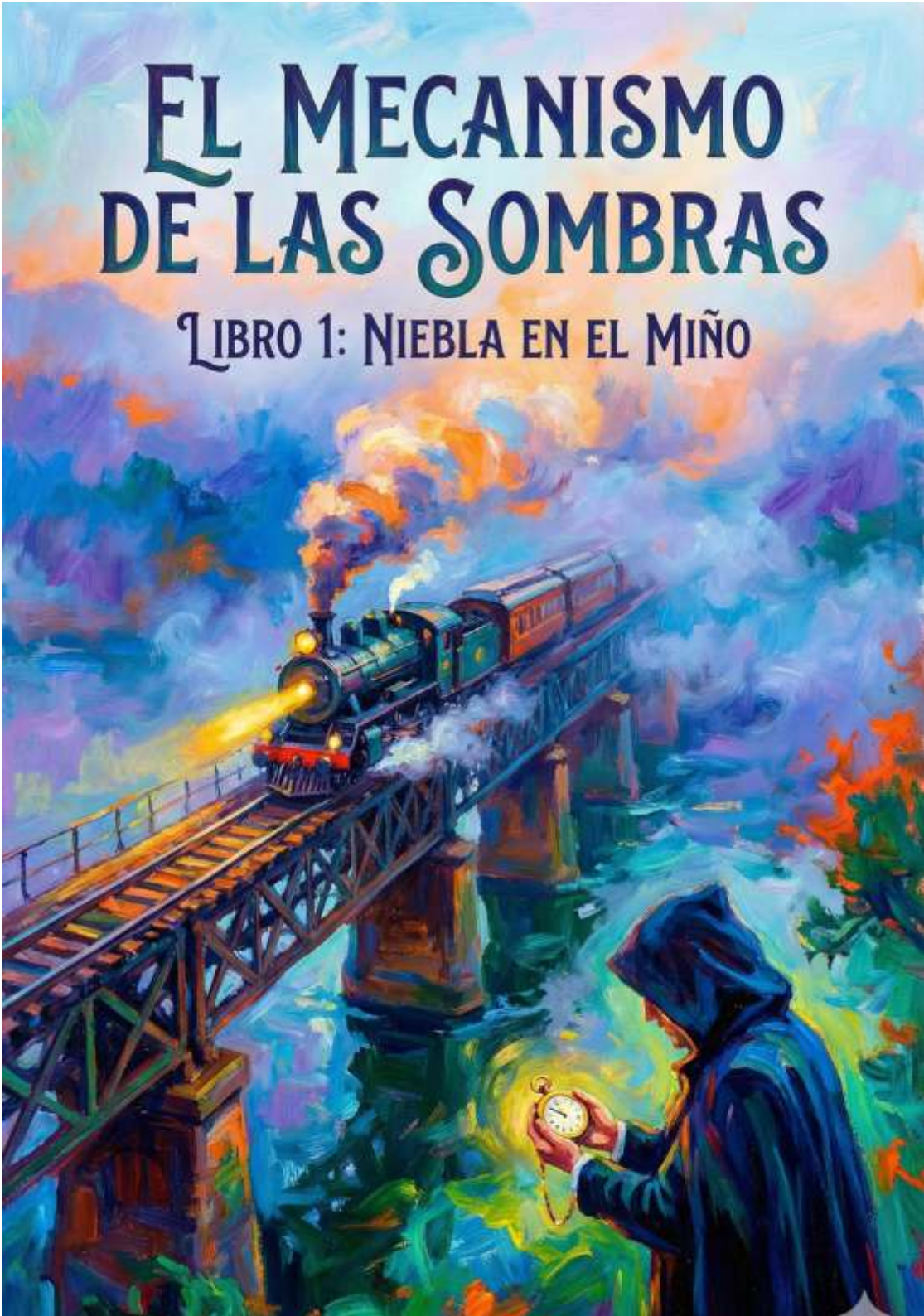
El Mecanismo de las Sombras

Libro 1: Niebla en el Miño



EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS.

LIBRO 1. NIEBLA EN EL MIÑO

NOVELA GRÁFICA CORTA DE FICCIÓN HISTÓRICA

Título de la obra: EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS. LIBRO 1. NIEBLA EN EL MIÑO

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas

Año de publicación: 2026 Copyright © Fernando, 2026.

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

SinObraDerivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de la licencia, visite: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

LIBRO 1: NIEBLA EN EL MIÑO

PRÓLOGO

El Último Latido del Hierro

Tui, 14 de abril de 1958. 03:15 AM.

La tormenta no era una invitada; era una invasora. Sobre la silueta granítica de Tui, el cielo se había tornado de un color violáceo, casi herrumbrado, como si las nubes estuvieran cargadas de la misma sangre vieja que empapaba la historia de la frontera. El río Miño, abajo, corría crecido y oscuro, un animal ciego que golpeaba los pilares del Puente Internacional, ignorando que los hombres habían trazado allí una línea invisible entre dos dictaduras.

En lo alto de la Torre de las Campanas, el bastión de piedra que coronaba la fachada norte de la Catedral-Fortaleza, el aire era distinto. Olía a polvo de siglos, a excremento de murciélago y a ese aroma metálico, eléctrico, que precede a la tragedia. Don Manuel, el archivero de la diócesis, no debería haber estado allí a esas horas intempestivas. Sus manos, nudosas y manchadas de tinta perpetua, temblaban violentamente mientras sostenía una linterna de aceite cuya llama se movía al ritmo de su respiración entrecortada.

Frente a él se alzaba el mecanismo del gran reloj. Una catedral dentro de la catedral. Un bosque de hierro forjado y bronce, un sistema de engranajes que llevaba dos siglos devorando el tiempo con una indiferencia divina. Manuel sabía que cada diente de esas ruedas era una confesión, y cada oscilación del péndulo, un paso más hacia la tumba.

—Ya vienen —susurró el anciano. Su voz fue devorada por un trueno que hizo vibrar los cimientos de la torre, sacudiendo el polvo de las vigas.

Se llevó la mano al pecho, buscando un objeto que colgaba de una cadena bajo su sotana raída. No era una cruz. Era una llave de latón con un diseño complejo, que recordaba a las conchas de un edificio lejano en Salamanca. Sabía que su tiempo, a diferencia del de la catedral, no tenía cuerda para otra vuelta.

De pronto, el mecanismo hizo un extraño ruido de fricción. Algo no encajaba. Una de las ruedas dentadas, la que controlaba la sonería de las horas, empezó a girar con dificultad. El archivero se acercó, horrorizado. En el corazón del reloj, justo donde el escape regula la vida del artefacto, alguien había introducido un objeto extraño.

Brillaba bajo la luz de su linterna con una blancura obscena en medio de tanto hierro negro: un pequeño fragmento de porcelana, pintada con flores delicadas. Una pieza que solo podía pertenecer a un autómata de lujo.

Un paso crujió sobre la madera podrida del suelo, a sus espaldas.

Don Manuel no se giró. Sabía quién estaba allí. Sabía que la niebla que subía del río nunca venía sola.

—Has llegado tarde —dijo Manuel, intentando que su voz no flaqueara, aunque las lágrimas ya surcaban sus mejillas—. Elías ya tiene el mensaje. Él sabrá que el mecanismo ha sido alterado.

—Elías Varela es un relojero de sombras, Manuel. Y tú eres solo una pieza desgastada que hace demasiado ruido —respondió una voz suave, casi melodiosa, que parecía nacer del mismo viento. No había odio en ella, solo una funcionalidad terrible.

El archivero sintió el frío del acero antes de sentir el dolor. No fue un tajo brusco, sino una incisión quirúrgica en el costado, precisa como el trabajo de un joyero. Sus manos se aferraron al aire, buscando un asidero que no existía. El mundo empezó a girar al revés, igual que su reloj.

—¡Diles... diles que la Casa Lys... arderá antes de que el sol toque Aveiro! —gritó el anciano con un último aliento de rebeldía.

Su grito fue sofocado por el estallido de un rayo que iluminó la Torre de las Campanas con una luz blanca y cegadora, congelando la escena en un negativo fotográfico de horror. La descarga golpeó el pararrayos, viajó por el esqueleto de piedra y fundió los cables. El reloj de Tui, testigo mudo, se detuvo en seco con un chirrido agónico.

Las agujas exteriores quedaron clavadas para siempre a las 03:33.

Abajo, en su casa de piedra junto al río, Elías Varela abrió los ojos en la oscuridad de su dormitorio. Su cronómetro de bolsillo, situado sobre la mesilla de noche, acababa de detenerse sin motivo aparente. El silencio en la habitación era absoluto. Elías no necesitó mirar la hora. Conocía el tacto del tiempo cuando es asesinado.

Se levantó, encendió una cerilla y observó sus propias manos a la luz de la llama. Estaban tranquilas, pero su mente ya estaba empezando a encajar las piezas.

El mecanismo de la muerte se había puesto en marcha.

CAPÍTULO 1

El Silencio del Hierro

El amanecer sobre Tui no trajo consuelo, solo una luz grisácea y sucia que desnudaba la tragedia de la noche anterior. La lluvia había cesado, dejando tras de sí un manto de humedad que calaba los huesos y hacía brillar los adoquines del casco antiguo como escamas de un pez muerto.

Elías Varela subía los peldaños de la escalera de caracol de la torre norte. Sus botas de cuero, bien lustradas a pesar del barro de las calles, resonaban contra el granito con una cadencia exacta, casi mecánica. *Tac, tac, tac*. A sus sesenta años, la humedad del Miño le castigaba las rodillas, pero subía con la espalda recta, envuelto en su gabardina beige, como un general que inspecciona un campo de batalla perdido.

Al llegar a la cámara del reloj, el hedor era una bofetada física. Olía a ozono quemado por la tormenta, a aceite de máquina rancio y, por debajo de todo eso, el olor dulzón y cobrizo de la sangre coagulada.

El Inspector Souto, un hombre joven de la Guardia Civil con el uniforme ligeramente desabrochado por el calor de la torre, estaba allí, pálido, evitando mirar hacia los contrapesos.

—Es un desastre, Don Elías —dijo Souto, secándose el sudor de la frente con un pañuelo arrugado—. El rayo fundió media maquinaria. El forense dice que la muerte fue instantánea por la descarga eléctrica o por el golpe de la caída. Un accidente terrible.

Elías no respondió de inmediato. Se quedó quieto en el umbral, ajustándose las gafas de montura fina. Sus ojos grises recorrieron la estancia, no como quien mira un paisaje, sino como quien lee un plano técnico. Vio el cuerpo de Don Manuel, retorcido entre las cadenas de los pesos. Vio la ventana abierta por donde entraba el viento frío. Vio el reloj detenido.

Sacó su cronómetro de plata del bolsillo del chaleco. Lo abrió con un *clic* seco, consultó la esfera y frunció el ceño.

—El forense se equivoca, Inspector. Y usted también.

Souto se giró bruscamente, apretando su cuaderno de notas con tanta fuerza que el cuero crujió bajo sus dedos.

—¡Por el amor de Dios, Varela! —exclamó, perdiendo la compostura—. ¡No empiece con sus teorías! El rayo golpeó a las 03:33. El reloj se paró a las 03:33. El hombre está ahí tirado. Es física elemental. Causa y efecto.

—La física es exacta, Souto, pero el hombre es mentiroso —replicó Elías con una voz gélida que bajó la temperatura de la sala varios grados—. Acérquese. Mire los pies del difunto.

Elías señaló con un dedo enguantado las botas de Manuel.

—Están impolutas. Las suelas están secas. Si Manuel hubiera subido por esa escalera de caracol durante la tormenta, con el agua entrando por las aspilleras, sus botas estarían cubiertas de barro y moho verde de los peldaños.

Souto parpadeó, confundido, mirando el calzado del cadáver.

—Entonces...

—Entonces alguien lo trajo aquí. O lo subieron ya muerto, o lo cargaron a hombros. —Elías avanzó hacia la maquinaria, sorteando el cuerpo con un respeto frío—. Y la muerte no fue el rayo. El rayo solo fue el telón final de la obra.

Elías sacó unas pinzas largas y finas de su maletín de cuero. Se inclinó sobre el corazón del reloj, allí donde los engranajes principales se habían fundido por el calor. Con la precisión de quien opera una bomba, extrajo algo que estaba atrapado entre los dientes de la rueda de escape.

Era un fragmento de porcelana. Una pequeña mano blanca, rota por la muñeca, que sostenía una flor de lis azul.

—Mire esto, Inspector —dijo Elías, alzando la pieza a la luz gris de la mañana—. ¿Sabe qué es?

Souto negó con la cabeza, fascinado a su pesar.

—Parece de una muñeca. ¿Un juguete?

—No es un juguete. Es porcelana de Meissen. Una pieza de un autómata del siglo XIX. Y sé exactamente de dónde viene: de la colección privada de la Casa Lys, en Salamanca.

El silencio que siguió fue absoluto, solo roto por el goteo del agua en algún lugar del techo.

—¿Salamanca? —preguntó Souto con un hilo de voz—. ¿Qué hace un trozo de una estatua de Salamanca en el reloj de la Catedral de Tui?

—Detener el tiempo —sentenció Elías, guardando el fragmento en un pañuelo de seda con sumo cuidado—. El asesino introdujo esta pieza para bloquear el mecanismo. Quería que el reloj se detuviera a una hora precisa, independientemente de la tormenta. El rayo fue una coincidencia, o quizás... quizás el asesino sabía leer el cielo mejor que nosotros.

Elías se giró hacia la ventana, desde donde se veía el río Miño y, al otro lado, las murallas de Valença en Portugal.

—Esto no ha sido un accidente, Souto. Es un mensaje. Alguien ha empezado a mover las piezas de un mecanismo que juraron enterrar hace treinta años, cuando la frontera era un coladero de lobos y oro.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el inspector, sintiendo que el caso se le escapaba de las manos, volviéndose algo demasiado grande y oscuro para un guardia civil de provincias.

Elías cerró su cronómetro con un golpe seco.

—Vamos a bajar al Pazo del Deán. Tengo entendido que anoche hubo un banquete mientras Manuel moría aquí arriba. Quiero ver las caras de los invitados. Quiero ver quién lleva barro en los zapatos. Y sobre todo, quiero hablar con la sobrina del archivero, Elena de Ulloa.

—¿Sospecha de ella? —inquirió Souto, siguiéndole hacia la escalera.

Elías se detuvo un instante antes de bajar, su silueta recortada contra la maquinaria muerta.

—En un reloj, Inspector, la pieza más pequeña es a veces la que detiene todo el sistema. Elena acaba de llegar de Salamanca. Y traía consigo algo más que el luto.

Comenzaron el descenso. El sonido de sus pasos se perdió en la espiral de piedra, bajando hacia las sombras de una ciudad que acababa de despertar a una pesadilla.

CAPÍTULO 2

La Cena de los Hipócritas

El Pazo del Deán, un edificio sobrio de granito adosado al flanco sur de la Catedral, conservaba ese frío húmedo y aristocrático que parece emanar de la propia piedra en Galicia. Mientras en la torre el viento aún aullaba sobre el cadáver del archivero, en el comedor principal del palacio reinaba un silencio de porcelana y plata, apenas perturbado por el tintineo discreto de los cubiertos contra la loza.

Presidía la cena Don Anselmo, el Deán. Si el Obispo era la autoridad lejana y divina, el Deán ejercía como el verdadero jefe administrativo del templo, el hombre que custodiaba las llaves y controlaba con mano de hierro quién entraba y salía de la fortaleza. Era un hombre de rostro cetrino y manos huesudas, más acostumbradas a contar rentas que a bendecir fieles.

A su derecha se sentaba Don Servando, el alcalde de Tui, cuyo bigote brillaba por la grasa de la cena; y a su izquierda, destacando por una palidez casi espectral sobre el respaldo oscuro de la silla, Elena de Ulloa, la sobrina del difunto Manuel.

El plato principal acababa de ser servido: lamprea a la bordelesa. El pescado, cocinado en su propia sangre con vino tinto y especias, reposaba

en las fuentes de plata como una advertencia oscura y viscosa. El aroma era denso, ferroso, casi idéntico al olor que Elías y el Inspector Souto habían dejado atrás en la cámara del reloj.

Nadie comía con apetito, excepto el alcalde, quien parecía ajeno a la tensión eléctrica que erizaba la piel de los demás comensales.

De repente, la pesada puerta de roble de la entrada se abrió con violencia, golpeando contra el tope de la pared. No fue el viento.

El Inspector Souto entró en la estancia con paso firme, la mano derecha descansando sobre la funda de su pistola reglamentaria y el tricornio calado hasta las cejas. Su presencia llenó la habitación de una autoridad marcial que heló la sangre de los comensales. Detrás de él, más discreto pero igual de inquietante, entró Elías Varela, sosteniendo su sombrero en la mano con gesto grave.

—¡Guardia Civil! —tronó Souto con voz de mando—. Que nadie se levante de la mesa.

Don Anselmo, indignado, dejó caer su tenedor. El metal golpeó el plato con un estrépito agudo.

—¡Inspector Souto! ¿Qué significa este atropello? Estamos de luto y esta es la casa de la Iglesia. Exijo una explicación inmediata.

Souto no se amedrentó. Se plantó frente a la presidencia de la mesa, con el agua de la lluvia goteando de su capote sobre la alfombra de la Real Fábrica.

—El atropello, Don Anselmo, ha ocurrido en la torre de su catedral —respondió el inspector con dureza—. El archivero no murió por el rayo. Ha sido un homicidio. Y tenemos motivos fundados para creer que el responsable está sentado a esta mesa.

Un murmullo de horror recorrió la sala. El alcalde se atragantó con el vino.

—¿Homicidio? —balbuceó Don Servando—. Pero... ¿quién?

Souto se hizo a un lado y miró a Elías.

—El Juez Varela, que colabora con la instrucción como perito, ha encontrado la prueba determinante. Don Elías, por favor.

Elías avanzó, autorizado ahora por la fuerza pública. Con movimientos tranquilos, sacó el pañuelo con el fragmento de porcelana y lo depositó con suavidad frente a Elena de Ulloa.

—Señorita Elena —dijo Elías, mirando a la mujer a los ojos—. El Inspector Souto necesita saber por qué una pieza de la colección de su familia estaba bloqueando el reloj de la catedral a la hora exacta de la muerte de su tío.

Elena miró la pieza de porcelana y sus labios temblaron.

—Yo... yo no sé de qué me habla. Es un error.

—No hay error en la mecánica, señorita —insistió Elías, pero miró a Souto para que continuara el interrogatorio.

El inspector dio un paso adelante, intimidante.

—Elena de Ulloa, ¿dónde estaba usted entre las diez y las doce de la noche? Tenemos testigos que afirman no haberla visto en la cocina.

—Estaba... estaba rezando en la capilla —mintió ella, con la voz quebrada.

Elías negó con la cabeza y señaló los pies de la mujer bajo la mesa.

—Inspector, observe el calzado.

Souto bajó la mirada y vio la mancha de barro rojizo en el tacón de Elena, que destacaba sobre la alfombra. Comprendió al instante lo que Elías le había explicado antes de entrar.

—Arcilla roja —dijo Souto, y su tono se volvió acusatorio—. Ese barro solo está en los cimientos y en los túneles subterráneos. Usted no estaba en la capilla, Elena. Usted utilizó el pasadizo de la "Cárcel Vieja" para acceder a la torre sin ser vista.

Elena se puso en pie de un salto, derribando su silla.

—¡Es mentira! —gritó, retrocediendo hacia el ventanal—. ¡No tienen pruebas!

—Tengo las botas manchadas y tengo la pieza del reloj —sentenció Souto, sacando las esposas de su cinturón—. Elena de Ulloa, queda detenida por la muerte de Manuel de Ulloa. Entréguese ahora mismo.

La mujer miró las esposas y luego a Elías. Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ustedes no entienden nada... —susurró—. El mecanismo no se puede detener con esposas.

—¡Quieta! —ordenó Souto, lanzándose hacia ella.

Pero Elena fue más rápida. Agarró un pesado candelabro de plata y lo arrojó, no contra los hombres, sino contra el gran ventanal a sus espaldas. El vidrio estalló en mil pedazos, permitiendo que la tormenta entrara en la sala. El viento apagó las velas instantáneamente.

—¡Alto! —gritó Souto, desenfundando su arma en la oscuridad, pero sin atreverse a disparar a ciegas en una sala llena de civiles.

Se oyó el ruido de unos tacones corriendo y luego el crujido de las ramas en el jardín.

—¡La linterna, Elías! —gritó el inspector, corriendo hacia la ventana rota.

Cuando iluminaron el jardín, solo vieron las sombras de los árboles agitadas por el viento. Elena había desaparecido en la noche.

Souto golpeó el marco de la ventana con frustración.

—¡Maldita sea! Conoce el terreno mejor que nosotros. ¡Avisaré al puesto para que corten las carreteras!

Elías, que se había quedado junto a la mesa, iluminó el plato donde había estado cenando Elena. Clavada con un cuchillo, había una nota.

—No servirá de nada cortar las carreteras, Inspector —dijo Elías, leyendo el papel—. Ella no va por carretera. Va por el río.

Souto se giró, con el rostro tenso por la adrenalina.

—¿Qué dice esa nota?

—Dice: *"Nos vemos en Salamanca"*. —Elías miró al oficial—. Inspector, usted tiene autoridad aquí, pero el crimen acaba de cruzar la jurisdicción. La "Hermandad" la sacará del país en barca antes de que usted pueda despertar al juez de guardia.

Souto enfundó su arma, consciente de la derrota momentánea, pero también de la magnitud del caso.

—Entonces, Elías, vámonos al río. Si esa barca sigue ahí, la detendré aunque tenga que disparar al agua.

CAPÍTULO 3

El Fantasma de la Frontera

La persecución no fue una carrera de velocidad, sino un descenso a las entrañas de la tierra. Tras salir del Pazo del Deán, el Inspector Souto organizó la búsqueda con una eficiencia militar. Ordenó a dos números que rodearan el perímetro de la muralla y él mismo, acompañado por Elías, se dirigió hacia la entrada oculta de los antiguos pasadizos, situada tras el retablo de la capilla de San Telmo.

—No se separe de mí, Varela —advirtió Souto, desenfundando su pistola Star de 9mm y encendiendo una linterna de petaca—. Estos túneles son traicioneros y ella está desesperada.

Elías asintió, siguiéndole de cerca. El acceso era una boca negra que exhalaba un aliento gélido y viciado, una mezcla de salitre, moho y tiempo estancado. Al cruzar el umbral, el mundo de los vivos quedó atrás.

El haz de luz de Souto cortaba la oscuridad, revelando paredes de roca viva que rezumaban agua. El suelo era un barrizal de arcilla roja,

pegajosa y resbaladiza, que intentaba tragarles las botas a cada paso.

—Mire el suelo, Inspector —señaló Elías, cuya respiración formaba nubes de vapor—. Las huellas.

Souto bajó la luz. Allí, marcadas profundamente en el barro, se veían las pisadas de los tacones de Elena, erráticas y profundas, indicando que corría. Pero junto a ellas, había otras. Huellas de botas pesadas, de suela militar, que iban y venían.

—No bajó sola —gruñó Souto—. Alguien subió a buscarla y la escoltó de vuelta. Un hombre corpulento, a juzgar por la profundidad de la pisada.

Avanzaron durante veinte minutos angustiosos. El sonido de las gotas de agua cayendo resonaba como el tictac de un reloj gigante en una tumba. Finalmente, llegaron a una reja oxidada que daba al exterior. La cerradura había sido reventada recientemente; el metal brillaba donde se había partido.

Souto empujó la reja con el hombro. Se abrió con un chirrido agónico y el rugido del río Miño llenó sus oídos.

Salieron a la ribera, ocultos entre los cañaverales, justo debajo de las murallas de la ciudad. La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna fina, pero la niebla —la *borraxeira*— cubría el cauce, convirtiendo la orilla portuguesa en un fantasma invisible. El río bajaba bravo, negro y amenazante.

—¡Alto! —gritó Souto, apuntando con su arma y barriendo la orilla con la linterna.

No había nadie. Solo el agua lamiendo el fango y una vieja barca de pesca volcada en la arena.

Souto maldijo entre dientes.

—Se han ido. Llegamos tarde.

Elías se acercó a la orilla y se agachó. Tocó el agua. Luego, se fijó en algo que había en el barro, cerca de donde rompía la corriente.

—No tan tarde, Inspector. El agua en estas huellas aún está turbia. Acaban de zarpar.

De repente, un movimiento bajo la barca volcada hizo que Souto girara su arma al instante.

—¡Salga de ahí con las manos en alto! —ordenó.

De las sombras emergió una figura encorvada. Era un anciano vestido con harapos y un sombrero de paja deshilachado. **"O Rubio"**, un viejo pescador de angulas que vivía más de noche que de día, siempre al margen de la ley.

Souto bajó el arma ligeramente, pero mantuvo la tensión.

—¿Rubio? ¿Qué haces aquí? ¿Has visto a una mujer y a un hombre?

El viejo escupió al suelo y miró al inspector con ojos lechosos.

—Mala noche para andar cazando, Teniente —dijo con voz ronca—. El río trae madera muerta.

Elías se adelantó, poniendo una mano tranquilizadora en el brazo de Souto. Sabía que con tipos como el Rubio, la fuerza bruta no servía de nada; funcionaba mejor el tabaco. Sacó un paquete de *Celtas* y le ofreció un cigarrillo al anciano.

—Toma, Rubio. Para el frío —dijo Elías.

El pescador aceptó el cigarrillo con dedos temblorosos y manchados de nicotina. Souto le dio fuego con su mechero.

—¿Cruzaron, Rubio? —preguntó Elías con calma, mientras el viejo exhalaba el humo.

—Cruzaron —confirmó el pescador, señalando hacia la bruma con el cigarrillo—. Hacia el viejo embarcadero de la fábrica, en la orilla portuguesa. Vi una luz verde parpadear tres veces desde allí. Una señal.

Souto apretó los dientes.

—¡Maldita sea! Ya están en jurisdicción internacional. No puedo cruzar sin provocar un incidente diplomático con la policía de Salazar.

—Dime una cosa más, Rubio —intervino Elías, sacando su cronómetro y mirando la esfera en la penumbra—. ¿Qué ruido hacía la barca?

El viejo frunció el ceño, extrañado por la pregunta.

—No hacía ruido, Don Elías. Eso fue lo que me asustó. No era una dorna de remos. Tenía motor. Pero un motor suave, como un susurro... Pof-pof-pof. Casi ni despertaba al agua. Y olía a gasolina buena, no a la mezcla que usamos aquí.

Elías cruzó una mirada significativa con el Inspector Souto.

—Un motor fuera borda British Seagull —dedujo Elías—. Un modelo inglés de cuatro tiempos, muy silencioso. Cuesta más de lo que un pescador de aquí gana en diez años.

—Contrabando de alto nivel —comprendió Souto, enfundando su pistola con rabia—. Solo los jerarcas del estraperlo de Valença tienen acceso a esa maquinaria.

—Exacto. Elena de Ulloa no huye sola. La "Hermandad" ha enviado a sus mejores recursos para sacarla.

Souto miró hacia la oscuridad del río, impotente. La frontera, esa línea invisible en el agua, se había convertido en un muro de hormigón.

—Se nos ha escapado, Elías. Hemos perdido.

—No, Inspector —dijo Elías, guardando su reloj—. Solo ha avanzado a la siguiente casilla. Ella cree que ha escapado, pero ha cometido un error.

—¿Qué error?

—Ha dejado rastro. Un motor British Seagull necesita repuestos muy específicos. Y la ruta que siguen no es aleatoria. Si van a Salamanca, no irán por carretera directa. Usarán el tren desde Oporto o cruzarán por Zamora.

Souto se ajustó el capote, recuperando la compostura profesional.

—Volvamos arriba. Daré parte al cuartel y emitiré una orden de búsqueda y captura internacional, aunque tardará días en tramitarse. ¿Qué va a hacer usted?

Elías miró hacia la orilla portuguesa, donde la luz verde ya no parpadeaba.

—Yo voy a volver al archivo, Inspector. Hay un libro que el asesino no tuvo tiempo de robar. Necesito saber qué es lo que Elena va a buscar a Salamanca con tanta urgencia.

Souto asintió, respetando la decisión.

—Vaya. Yo me encargo de contener al Deán y a la prensa. Pero tenga cuidado, Don Elías. Ahora sabemos que tienen hombres, barcas y dinero. Y nosotros solo tenemos un reloj y una pistola.

Ambos hombres dieron media vuelta y se adentraron de nuevo en la boca del túnel, dejando atrás el río y sus secretos, mientras la niebla terminaba de borrar el mundo[2].

CAPÍTULO 4

La Cartografía del Miedo

El Archivo Diocesano, situado en el ala oeste del claustro, recibió a sus visitantes con un olor a tiempo estancado. Era una mezcla dulce y penetrante de polvo de pergamino, cola de pescado seca y esa humedad atlántica que, en Galicia, termina por pudrir los libros desde el lomo hacia el corazón.

El Inspector Souto cerró la puerta tras de sí con un golpe seco, dejando fuera la lluvia y el caos de la persecución. Se quitó el tricornio, sacudiendo las gotas de agua sobre el suelo de madera antigua.

—No me gusta esto, Varela —dijo Souto, observando las sombras que proyectaba su linterna sobre las estanterías—. Estamos perdiendo el tiempo aquí dentro mientras esa mujer se aleja por el río. Debería estar coordinando el cierre de carreteras con el puesto de Porriño.

Elías Varela no respondió de inmediato. Dejó su maletín sobre la mesa de trabajo del difunto archivero y encendió la lámpara de escritorio. La bombilla de filamento, vacilante por la inestabilidad de la red eléctrica tras la tormenta, bañó la estancia en una luz ámbar.

—El río es solo el medio de transporte, Inspector. El motivo del viaje está aquí —replicó Elías, pasando la mano enguantada por la superficie de roble del escritorio—. Manuel sabía que iban a venir a por él. No dejó una nota de suicidio, dejó un seguro de vida. El problema es que la póliza caducó antes de tiempo.

Elías comenzó a moverse por la habitación con la precisión de quien busca una aguja en un pajar, pero sabe exactamente cómo brilla el acero. No abrió los cajones; eso era demasiado obvio para una mente paranoica como la del archivero. Sus ojos se detuvieron en el calendario de pared, un almanaque de la Caja de Ahorros de 1958 colgado junto a la ventana.

A simple vista, no tenía nada de especial. Marcaba el mes de abril con una ilustración bucólica. Pero Elías, acostumbrado a detectar desviaciones milimétricas en los ejes de los relojes, notó un detalle infinitesimal: el clavo que lo sostenía estaba ligeramente doblado hacia arriba, y la pintura de la pared tras el papel tenía una marca de roce en forma de arco, como si el calendario se hubiera girado repetidamente hacia la izquierda y la derecha.

—Inspector, ilumine aquí —pidió Elías.

Descolgó el calendario. Detrás, incrustada en el yeso y cubierta con una fina capa de pintura fresca que aún olía a trementina, había una pequeña caja de caudales de pared.

Souto se acercó, intrigado, olvidando por un momento la urgencia de la huida.

—¿Una caja fuerte? Necesitaremos un cerrajero, o dinamita. Eso nos llevará horas.

—No necesitamos fuerza bruta, Inspector. Necesitamos memoria —dijo Elías, acercando su oído a la caja. Empezó a girar el dial con suavidad—. Manuel era un hombre de costumbres litúrgicas. La combinación no será una fecha de nacimiento, sino una hora canónica.

Elías giró el dial. Sus dedos, sensibles por décadas de manipular coronas de relojes minúsculos, sentían las vibraciones de los trinquetes internos a través del acero frío.

Derecha hasta el 12 (El Ángelus). Izquierda hasta el 33 (La edad de Cristo). Derecha hasta el 03 (La hora de la muerte).

Clac.

La puertecita de acero cedió con un gemido de bisagras oxidadas. Souto exhaló el aire que había estado conteniendo.

Dentro no había dinero, ni joyas de la Iglesia. Solo había un libro encuadernado en piel negra sin título en el lomo y un sobre de papel crema arrugado.

Elías extrajo primero el libro. Al abrirlo, el olor a papel viejo golpeó sus fosas nasales. No era un misal. Era un Almanaque Náutico de 1890, lleno de tablas de mareas, declinaciones solares y posiciones estelares.

Llevó el libro bajo la luz de la lámpara y abrió una página marcada con una cinta de seda azul. Lo que vieron les heló la sangre más que el viento del río.

Sobre un mapa desplegable de la costa portuguesa, alguien había superpuesto un papel vegetal con un dibujo técnico de una precisión

asombrosa. Representaba la fachada de vidrio de un edificio modernista, con sus vidrieras de colores y sus estructuras de hierro forjado.

—¿Qué es eso? —preguntó Souto, inclinándose sobre el plano.

—Es la fachada sur de la Casa Lys, en Salamanca —explicó Elías, ajustándose las gafas—. Pero mire las líneas, Inspector. No son líneas arquitectónicas. Son vectores de luz.

Elías señaló con una de sus pinzas una anotación manuscrita al margen, hecha con una tinta ferrogálica que se había oxidado hasta volverse de color marrón sangre:

> *"La ecuación de tiempo se resuelve en el equinoccio. Cuando la luz de Orión atraviese el vidrio rojo de la vidriera central, la sombra de la estatua señalará la latitud exacta en Aveiro."*

Souto miró el papel, confundido.

—No le sigo, Varela. ¿Qué tiene que ver una vidriera en Salamanca con un mapa de Portugal?

—Es un sistema de dos piezas, Inspector, como una cerradura y una llave —explicó Elías con paciencia pedagógica, señalando el mapa—. Este plano de Aveiro es el "territorio", pero es mudo; tiene miles de escondites posibles entre los canales y las salinas. Por sí solo, no sirve de nada porque no hay ninguna equis marcada.

Elías levantó el dibujo de la fachada de vidrio.

—Y la Casa Lys es el "puntero". No es solo un palacio; es un sextante gigante de cristal. Manuel descubrió que el edificio está diseñado para que, en una fecha y hora exactas, un rayo de luz golpee una

baldosa concreta del suelo. Esa baldosa tendrá grabada la coordenada que nos falta.

Souto abrió los ojos, comprendiendo por fin la magnitud del ingenio.

—Entonces... Elías tiene el mapa, pero Elena va a buscar la coordenada.

—Exacto. Quien junte las dos mitades, encontrará el tesoro... o las pruebas de los crímenes. Sin la Casa Lys, este mapa es papel mojado. Y sin el mapa, la Casa es solo vidrio. Por eso tengo que estar allí cuando la luz entre.

Debajo de la nota, había una firma. No era un nombre, sino un sello estampado en lacre rojo: Una calavera con dos tibias cruzadas, rodeada por un engranaje de reloj.

—La Casa de las Muertes... —murmuró Souto, reconociendo el símbolo salmantino.

—Peor —corrigió Elías, cerrando el libro de golpe. El polvo voló bajo la luz—. Esto demuestra que la red de contrabando no solo usaba el río. Usaban la astronomía y la arquitectura para esconder sus rutas. El archivero Manuel descubrió que la **Casa Lys** no es solo un palacio; es un mecanismo gigante. Un faro en tierra firme diseñado para enviar mensajes a quienes saben leer las sombras.

Souto se pasó la mano por la cara, abrumado.

—Esto es demasiado grande para un archivero de provincias, Varela. ¿Cómo se metió Manuel en esto? ¿Contrabando de tabaco?

—Tabaco... Ojalá fuera tabaco, Inspector —dijo Elías, tomando el sobre de color crema que quedaba en la caja fuerte.

Lo abrió y extrajo una factura de hotel, arrugada y manchada de café. El membrete, grabado en elegante tinta verde, rezaba: Gran Hotel Balneario de Cabreiroá - Verín. La fecha era de hacía apenas cuatro días.

—¿Verín? —Souto frunció el ceño—. Manuel odiaba viajar.

—Fue a reunirse con ellos. Verín es el punto perfecto: cruce de caminos y discreción. Pero escúcheme bien, Souto. Usted cree que buscamos a delincuentes comunes que mueven mercancía en barcas. Si fuera eso, Elena de Ulloa estaría ya en el cuartelillo.

Elías se giró, con una gravedad en la mirada que Souto no le había visto nunca.

—No es dinero lo que mueven. Es historia. Esta gente no nació ayer. Se forjaron en el 42, cuando las montañas de Ourense escupían wolframio para blindar los tanques alemanes. Mientras los demás pasaban hambre en la posguerra, ellos pasaban lingotes y cobraban en oro y favores políticos. Se hacen llamar "La Hermandad" no por caridad cristiana, sino porque comparten la misma sangre sucia en las manos.

—¿Wolframio? —preguntó Souto, bajando la voz instintivamente—. Pero la guerra terminó hace trece años.

—La guerra terminó, pero las deudas quedaron. Ahora han blanqueado ese poder. Tienen jueces en Madrid y ministros en Lisboa. Para ellos, la frontera no es un muro, Inspector, es su mostrador de comercio. Elena de Ulloa no es una fugitiva; es una mensajera entre dos ramas de una aristocracia intocable. Y lo que están protegiendo en Salamanca no es mercancía... es la lista de los nombres que construyeron su fortuna sobre cadáveres olvidados.

Souto sintió un escalofrío. Comprendió entonces por qué el viejo juez tenía las manos tensas.

—Entonces, ¿a quién nos enfrentamos realmente?

—A los dueños del silencio, Inspector.

Elías guardó el Almanaque Náutico en su propio maletín.

—Y por eso no puedo quedarme aquí. Elena va a Salamanca a activar el mecanismo para borrar esas listas. Si lo consigue, la verdad se hundirá para siempre.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el inspector.

—Usted tiene que quedarse en Tui, Souto. Contenga al Deán y tramite esa orden de captura. Yo voy a coger el tren expreso.

—¿El expreso a Madrid? —Souto negó con la cabeza—. Varela, usted no es policía. No tiene placa, ni arma. Si va a Salamanca, estará solo.

Elías se colocó el sombrero y apretó el asa de su maletín.

—Un relojero siempre trabaja solo, Inspector. Solo necesita luz y pulso firme.

Souto le sostuvo la mirada unos segundos y, finalmente, asintió con respeto, comprendiendo que no podía detenerle.

—Vaya con Dios, Don Elías. Y si ve a Elena... no dude. Porque ella no dudará. Tenga cuidado con ese tren; dicen que la noche en Castilla es larga y fría.

Elías salió del archivo hacia la noche cerrada, dejando atrás la seguridad de las piedras conocidas para adentrarse en la niebla del viaje. El tren esperaba en Guillarei, y con él, el camino hacia la ciudad dorada donde el vidrio cortaba más que el acero[3].

CAPÍTULO 5

El Expreso de la Noche

La estación de Guillarei, ese nudo ferroviario de hierro y carbón situado a pocos kilómetros de Tui, parecía un purgatorio a esas horas de la madrugada. La niebla del río, densa y pegajosa, se había colado bajo la marquesina metálica, envolviendo las farolas de gas en halos lechosos que apenas lograban iluminar los rostros cansados de los viajeros.

Elías Varela se ajustó el cuello de su gabardina, pero fue un gesto inútil. El frío de la noche gallega no era algo que se quedara en la piel; era una humedad insidiosa que buscaba las articulaciones, recordándole a su rodilla derecha —lesionada hacía años al bajar de un estrado judicial— que el invierno se acercaba.

A su alrededor, la actividad era frenética pero extrañamente silenciosa, amortiguada por el sueño y la rutina. Mozos de carga con gorras raídas movían baúles de madera y sacas de correo con la urgencia de quien sabe que el tren no espera; parejas de la Guardia Civil patrullaban el andén con las manos a la espalda, sus tricornios

de charol brillando bajo la luz eléctrica vacilante, proyectando sombras largas y autoritarias sobre el cemento mojado.

El expreso "Rías Baixas" con destino a Madrid, una bestia de acero negro que resoplaba vapor y grasa caliente, dominaba la escena. Su presencia era física, casi animal. El olor a carbón quemado era tan denso que se pegaba al paladar, mezclándose con el aroma metálico de los frenos enfriándose.

Elías buscó el vagón número uno. No viajaba en primera clase por ostentación —su pensión de magistrado retirado le obligaba a medir cada peseta con la precisión de un relojero—, sino por una cuestión de supervivencia táctica. Había aprendido en sus años de instrucción que el caos es el mejor amigo del criminal, y los vagones de tercera, abarrotados de reclutas y familias, eran un caos incontrolable. En primera, el silencio y el aislamiento eran caros, pero le permitían vigilar su propia espalda.

Al pie de la escalerilla, un revisor de uniforme impecable y bigote encerado le cortó el paso, extendiendo una mano enguantada.

—Su billete, caballero.

Elías extrajo el cartón rectangular de su bolsillo con dedos entumecidos, junto con su carnet de la judicatura. Era un viejo hábito, una especie de talismán que servía para abrir puertas y cerrar bocas en la España de la dictadura.

El revisor examinó el documento bajo la luz de su linterna y su postura se rigió al instante, cuadrándose ligeramente.

—Disculpe, Señoría. No le había reconocido. Tiene asignado el compartimento cuatro. La calefacción ya está encendida. Va usted solo hasta Medina del Campo.

—Mejor —murmuró Elías, recuperando sus documentos—. Necesito trabajar. Que no me molesten a menos que el tren descarrile.

Al subir los escalones metálicos y cruzar la puerta del vagón, el cambio fue un bofetón físico.

El frío cortante del andén desapareció, sustituido por una atmósfera densa, casi sofocante. La calefacción de vapor silbaba suavemente bajo los paneles de caoba. El aire allí dentro estaba viciado, estancado; olía a cera para madera, a tapicería de terciopelo vieja y a una lavanda rancia que intentaba enmascarar el olor a cerrado. Era el olor del privilegio rancio, pensó Elías. El olor de los despachos que él había frecuentado durante treinta años.

Entró en su compartimento y cerró la puerta corredera. El ruido de la estación se apagó, convirtiéndose en un rumor lejano.

Elías dejó su maletín de cuero sobre el asiento de terciopelo verde frente a él. Lo trató con una delicadeza reverencial, como si transportara explosivos y no un viejo libro de navegación. Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello gris, sintiendo el sudor frío en la nuca debido al cambio de temperatura.

Se sentó y cerró los ojos un instante. *«¿Qué haces aquí, Elías?»*, se preguntó. *«Deberías estar en tu taller, ajustando la espiral de un reloj de pared, escuchando la lluvia contra el cristal con una taza de caldo en la mano. En lugar de eso, persigues fantasmas en un tren nocturno»*.

Recordó su última gran sentencia antes de retirarse. Había condenado a un contrabandista de poca monta a diez años. El hombre le había gritado desde el banquillo: *"Usted tiene la ley, Don Elías, pero ellos tienen el tiempo"*. Ahora, sentado en aquel vagón de lujo decadente, entendía por fin a qué se refería.

Sacó su cronómetro del chaleco. La esfera de plata reflejó su propio rostro deformado, ojeroso.

23:58.

Un silbido agudo, autoritario, rasgó el aire fuera del tren. El jefe de estación daba la salida. Una sacudida violenta recorrió el convoy, un espasmo metálico que hizo rechinar las uniones de los vagones, y lentamente, con un quejido de hierros, el paisaje comenzó a moverse. Las luces de Guillarei quedaron atrás, borradas por la velocidad, sustituidas por la negrura absoluta de los bosques de eucaliptos.

Tac-tac, tac-tac. Tac-tac, tac-tac.

El ritmo hipnótico de las ruedas le serenó. Elías abrió el maletín y extrajo el *Almanaque Náutico*. Necesitaba volver a verlo. Desplegó el mapa de Aveiro sobre sus rodillas, iluminado por la débil luz amarilla de lectura.

Allí estaba. La ría, los canales. Y junto a él, el dibujo de la fachada de la Casa Lys. La audacia de la Hermandad era insultante. Habían convertido un monumento artístico en una herramienta para sus crímenes.

De repente, una sombra bloqueó la luz que entraba desde el pasillo.

Elías levantó la vista lentamente, sin mover la cabeza, solo los ojos. A través del cristal de la puerta corredera, vio una silueta recortada contra la oscuridad del pasillo.

No era el revisor.

Era un hombre alto, envuelto en un abrigo de *loden* verde oscuro de corte austriaco. Llevaba un sombrero de ala ancha calado hasta las

cejas. Pero lo que heló la sangre de Elías no fue su ropa, sino su inmovilidad absoluta.

El hombre no caminaba buscando su asiento. Estaba plantado allí, de espaldas a la ventanilla exterior, mirando hacia el interior del compartimento de Elías con la fijeza de un reptil. Sostenía una boquilla de ámbar con un cigarrillo humeante entre los dedos enguantados en piel de pecarí.

Elías sintió cómo su corazón golpeaba contra sus costillas, un tambor desbocado que amenazaba con romperle el pecho. Cerró el Almanaque con un movimiento suave, casi casual, cubriendo el mapa.

El desconocido dio una calada larga al cigarrillo. El humo azulado se enroscó contra el cristal. Entonces, sus miradas se cruzaron. Los ojos del hombre eran pozos oscuros, carentes de cualquier emoción humana. No había ira, ni curiosidad. Solo una frialdad profesional, la mirada de alguien que está evaluando un trabajo.

Una sonrisa lenta, mecánica, se dibujó en los labios del desconocido. Levantó la mano derecha y, con dos dedos juntos, se tocó el ala del sombrero. No era un saludo. Elías, obsesionado con el tiempo, reconoció el gesto al instante: imitaba las manecillas de un reloj marcando las doce en punto. La hora final.

El mensaje era claro y silencioso: *"Sé quién eres. Sé lo que llevas. Y tu tiempo ha caducado."*

El hombre del *loden* dejó caer la ceniza al suelo del pasillo, dio media vuelta con una elegancia marcial y comenzó a caminar hacia la cabeza del tren, hacia el vagón restaurante.

Elías esperó un minuto eterno. Contó sesenta segundos exactos con su cronómetro, obligándose a respirar hondo para no hiperventilar.

—Un "ajustador" —susurró para sí mismo. La palabra sabía a ceniza en su boca.

Durante años, él había sido el cazador. Desde su estrado, con el mazo en la mano, había dictado el destino de hombres violentos. Se creía intocable, protegido por la toga y el escudo del Estado. Pero allí, en ese tren que cruzaba la nada, la toga no existía. Solo era un anciano con un maletín. Había creído que al subir a primera clase compraba seguridad, pero lo que había hecho era meterse en una jaula dorada con el depredador.

Si se quedaba allí, aislado, sería hombre muerto antes de llegar a Ourense. Un "fallo cardíaco" mientras dormía, y el maletín desaparecería sin testigos.

Tenía que moverse. Ya.

Guardó el libro, se caló el sombrero y agarró el maletín. Abrió la puerta del compartimento y salió al pasillo. Estaba vacío, pero el olor al tabaco turco del desconocido aún flotaba en el aire, una estela tóxica que marcaba el territorio.

Elías caminó en dirección contraria, alejándose del vagón restaurante. Llegó al final del coche de primera clase y abrió la pesada puerta de hierro.

El paso entre vagones era un limbo aterrador. El estruendo de las ruedas sobre los rieles era ensordecedor, el viento helado le golpeó la cara y las placas de metal del suelo se movían bajo sus pies como placas tectónicas. Olía a grasa, a hierro caliente y a peligro. Por un segundo, miró hacia la oscuridad que pasaba a toda velocidad bajo la unión de los fuelles. Era tan fácil caer... o ser empujado.

Cruzó rápido y empujó la puerta del siguiente vagón.

El cambio fue brutal, un asalto a los sentidos que le hizo detenerse.

El vagón de tercera clase era otro mundo. El silencio sepulcral de la primera clase desapareció, sustituido por un murmullo denso de voces, ronquidos y llantos de niños. El aire aquí era espeso, casi masticable; una mezcla de humo de tabaco barato (*Celtas* y picadura), olor a comida casera —chorizo, queso fuerte, pan de maíz—, sudor rancio y lana mojada. La calefacción funcionaba a todo trapo, creando un efecto invernadero humano.

Los bancos de madera estaban repletos. Soldados dormían apoyados unos en otros con las bocas abiertas, una mujer amamantaba a un bebé en una esquina cubriéndose con un mantón, y un grupo de hombres jugaba a las cartas sobre una maleta, pasándose una bota de vino.

Elías avanzó por el pasillo central, tropezando con piernas estiradas y bultos de arpillera.

—Perdón... con permiso... —murmuró.

Nadie le prestó mucha atención; era solo un señorito más con gabardina buena que probablemente buscaba el baño o huía de un acreedor. Aquí, en el vientre del pueblo, el anonimato era la norma.

Encontró un hueco libre en un banco de madera, aplastado entre un cura rural que roncaba con el breviario en el regazo y una anciana de rostro curtido que llevaba una cesta de mimbre sobre las rodillas.

Elías se sentó, abrazando su maletín contra el pecho. El banco era duro, incómodo, nada que ver con el terciopelo de primera. Pero por primera vez en una hora, se sintió seguro. El "ajustador" no actuaría aquí. Demasiados ojos, demasiados testigos, demasiado ruido.

La anciana le miró de reojo, evaluando la calidad de su ropa con desconfianza campesina. De la cesta asomó la cabeza de una gallina viva, que soltó un cacareo suave.

—¿Va usted lejos, señor? —preguntó ella, recolocando el pañuelo sobre la cesta.

Elías miró hacia la puerta del fondo, esperando ver aparecer el abrigo verde en cualquier momento entre el humo del tabaco. Pensó en Tui, en su taller silencioso, en la tumba de su mujer. Pensó en lo lejos que estaba de todo lo que él llamaba "orden".

—Muy lejos, señora —respondió, y su voz sonó ronca, cargada de una fatiga antigua—. Voy a un lugar donde el tiempo corre más deprisa que la vida.

El tren se internó en un túnel largo y el vagón se sumió en la oscuridad absoluta durante unos segundos. Elías apretó los dientes, sintiendo el traqueteo del tren vibrar en su columna vertebral. En la oscuridad, el olor a humanidad del vagón se hizo más intenso, casi reconfortante. Era el olor de la vida que se aferra a la supervivencia.

Cuando salieron del túnel, Elías no se movió. Se quedó allí, encajonado entre el cura y la gallina, vigilando la puerta. La noche era inmensa, Castilla era un desierto frío, y Salamanca aún estaba a cientos de kilómetros de distancia.

Cerró los ojos, pero no durmió. En su mente, el reloj seguía haciendo *tic-tac*, descontando los minutos de una cuenta atrás que había empezado en una torre y terminaría, si Dios quería, en un palacio de cristal.

CAPÍTULO 6

La Ciudad de Piedra y Hielo

El tren correo procedente de Medina del Campo entró en la estación de Salamanca arrastrándose con un lamento de frenos oxidados, expulsando una última columna de vapor blanco que se deshizo perezosamente contra la marquesina de hierro forjado. El reloj del andén marcaba las siete de la mañana de un martes de noviembre de 1958.

Salamanca no recibía a los viajeros; los toleraba con una indiferencia milenaria.

Elías Varela descendió al andén con movimientos entumecidos. Sus articulaciones, acostumbradas durante décadas a la humedad suave y envolvente del valle del Miño, protestaron con violencia ante la brutalidad del clima castellano. El frío en la meseta no era una simple temperatura baja; era una agresión física. Un aire seco, transparente

y afilado como una navaja de barbero, que se colaba por las costuras de la gabardina, mordía la piel hasta dejarla insensible y secaba la garganta con cada inspiración.

La estación era un hormiguero de actividad grisácea bajo la luz indecisa del amanecer. Mozos de carga, vestidos con monos de dril desgastados y gorras caladas, transportaban baúles de madera y maletas de cartón atadas con cuerda hacia los taxis negros aparcados en fila. Parejas de la Guardia Civil, envueltas en sus capotes largos de lana basta y con el tricornio de charol ladeado, vigilaban las salidas con una rigidez casi geológica, observando a cada pasajero no como a un ciudadano, sino como a un enigma que debía ser resuelto.

Elías se ajustó las gafas, que se habían empañado por el contraste térmico, y aferró el asa de su maletín. Se mezcló deliberadamente con un grupo de estudiantes universitarios que debatían acaloradamente sobre un examen de Derecho Romano, usando su juventud ruidosa como escudo humano. Mientras caminaba hacia la salida, miró de reojo hacia la cabeza de la locomotora, buscando entre el vapor y las sombras el abrigo de *loden* verde del "ajustador". No lo vio, pero sintió su presencia en la nuca, como un aliento helado. Sabía que un depredador inteligente no se muestra hasta que la presa está aislada en campo abierto.

Salió a la calle y el viento le golpeó el rostro, despertando sus sentidos a bofetadas. Necesitaba recomponerse antes de enfrentarse a la Casa Lys. Necesitaba cafeína, calor y un momento de "tierra firme" para que sus manos dejaran de temblar por la tensión del viaje nocturno.

Caminó varias calles, sintiendo cómo sus suelas repiqueteaban sobre el empedrado helado, hasta llegar a la Plaza Mayor. La visión le robó el aliento por un segundo, a pesar del cansancio. Era un cuadrilátero perfecto, un mecanismo arquitectónico de una armonía

absoluta diseñado por los Churriguera. La piedra de Villamayor brillaba con un tono dorado pálido, casi irreal. Pero a esa hora, vacía y barrida por el viento, la plaza parecía un escenario abandonado, un salón de baile esperando a unos invitados que nunca llegarían.

Elías empujó la puerta giratoria del Café Novelty, el refugio histórico de la ciudad. El contraste fue inmediato. El local olía a vida: a café torrefacto quemándose en la máquina, a churros fritos en aceite denso, a serrín húmedo en el suelo y a tabaco rubio, un aroma más sofisticado y urbano que el picadura de los vagones de tercera.

Los grandes espejos de las paredes, manchados por el tiempo en los bordes, devolvían imágenes distorsionadas de los pocos clientes matutinos: un par de catedráticos de luto leyendo el *ABC* con monóculo y algún terrateniente de la provincia cerrando tratos de grano en voz baja.

Elías se sentó en una mesa de mármol frío cerca de la ventana, desde donde podía vigilar los soportales de la plaza.

Un camarero mayor, con el chaleco blanco manchado de café y una toalla gris al hombro, se acercó arrastrando los pies. Tenía la cara surcada de arrugas profundas, como un mapa topográfico de decepciones, y una expresión de aburrimiento infinito que solo dan los años de servicio.

—¿Qué le pongo al señor? —preguntó, sin mirarle, limpiando la mesa con un movimiento circular autómata que había repetido un millón de veces.

—Un café con leche, muy caliente. Y una porra, si tiene —pidió Elías, quitándose los guantes de piel y frotándose las manos para recuperar el riego sanguíneo.

—El café quema, la leche está templada y las porras son de ayer, pero las calentamos en el horno —respondió el camarero con una honestidad brutal, casi filosófica—. Es lo que hay a estas horas. En esta ciudad, hasta el sol sale con pereza.

Elías sonrió levemente por primera vez en días. Aquel cinismo le resultaba reconfortante. Era real, tangible, humano.

—Me conformo con que el café sea negro y fuerte. Lo necesito.

—Negro como la conciencia de un obispo —sentenció el camarero, anotándolo en un papel grasiento con un lápiz mordido—. ¿Viene de paso o se queda a sufrir el invierno con nosotros?

—Vengo a buscar respuestas —murmuró Elías, mirando a la calle a través del cristal empañado, donde una figura solitaria cruzaba la plaza.

El camarero se detuvo. Levantó la vista y le miró a los ojos. Había inteligencia en esa mirada cansada, la inteligencia de quien ha escuchado todas las conversaciones de la ciudad durante cuarenta años.

—Mal sitio para eso, caballero. En Salamanca solo tenemos preguntas grabadas en piedra desde hace siglos. Las respuestas... esas se las llevaron los franceses o la guerra civil. Aquí solo queda el eco y el frío.

Cuando el hombre se alejó hacia la barra, Elías sacó el *Almanaque Náutico* de su maletín, acariciando la cubierta de cuero. Aquel camarero tenía razón. La ciudad era un enigma de piedra dorada. Pero él conocía a alguien que sabía leer las piedras mejor que nadie. Alguien que llevaba años esperando que alguien le hiciera la pregunta correcta.

Pagó el café (que efectivamente sabía a quemado y a achicoria) y salió de nuevo a la intemperie. Tomó un taxi negro, un SEAT 1400 que olía a gasolina y a ambientador de pino, y ordenó al conductor ir a la zona universitaria.

Salamanca se desplegó ante sus ojos a través de la ventanilla. La famosa piedra de Villamayor, esa arenisca blanda y maleable que define la ciudad, absorbía la luz del sol naciente y la devolvía convertida en un resplandor ámbar. Todo parecía estar hecho de oro viejo y sangre seca. Pasaron frente a la fachada plateresca de la Universidad, una filigrana de piedra tan densa que mareaba.

"Ahí está la rana sobre la calavera", pensó Elías con amargura, recordando su visita de juventud. *"Dicen que trae suerte a los estudiantes. A mí solo me recuerda que la muerte siempre está encima, observando"*.

El taxi le dejó cerca de la **Biblioteca General Histórica**. Elías bajó y se dirigió al edificio, sintiéndose pequeño ante la monumentalidad del saber. Los muros de piedra parecían juzgarle.

Bajó las escaleras hacia el sótano, donde se ubicaban los archivos restringidos. El olor cambió drásticamente; aquí no olía a café ni a ciudad. Olía a polvo de siglos, a cuero encuadernado, a pegamento de hueso y a un silencio denso y respetuoso.

Encontró a su contacto al fondo de una sala abovedada, rodeado de torres precarias de libros y legajos, iluminado únicamente por una lámpara de banquero con pantalla de cristal verde.

Don Miguel Cimadevilla era una sombra de lo que fue. Antiguo catedrático de Astronomía, una mente brillante purgada tras la guerra por sus ideas republicanas, ahora vivía relegado a catalogar papeles viejos en la oscuridad, tolerado por el Régimen solo porque nadie

más en España sabía interpretar los mapas celestes del siglo XV con tanta precisión.

Era un hombre pequeño, encorvado como un signo de interrogación, vestido con una bata gris llena de manchas de tinta violeta. Llevaba unas gafas gruesas con una lente rota, reparada con un trozo de esparadrapo amarillento.

—¿Quién osa perturbar el polvo de los muertos? —gruñó el viejo profesor sin levantar la vista de un incunable. Su voz sonaba oxidada, carrasposa, como si no la usara a menudo.

—Un relojero que ha perdido la hora, Miguel —dijo Elías suavemente, deteniéndose al otro lado de la mesa.

Cimadevilla se quedó inmóvil. Su pluma se detuvo en el aire. Levantó la cabeza despacio, ajustándose las gafas con un dedo tembloroso. Entornó los ojos y, poco a poco, una sonrisa desdentada y genuina iluminó su rostro arrugado al reconocerle.

—¡Elías Varela! —exclamó, poniéndose en pie y tirando una pila de papeles en el proceso—. ¡El juez de los relojes! ¡Por todas las estrellas del firmamento! Hace diez años que no te veo. Pensé que te habías retirado a pescar lampreas y a olvidar el mundo en tu agujero del Miño.

—Y así era, Miguel. Hasta que el Miño me trajo esto.

Elías no perdió tiempo en abrazos. Sabía que cada minuto contaba y que el "ajustador" podía estar ya rastreando los hoteles. Desplegó el mapa de Aveiro y el dibujo técnico de la fachada sobre la mesa del profesor, apartando un manual de latín.

Cimadevilla se inclinó sobre los documentos. Su actitud cambió al instante; el viejo bibliotecario derrotado y sumiso desapareció, y

emergió el científico brillante y arrogante de antaño. Sus ojos recorrieron las líneas con avidez, devorando la geometría.

—Interesante... —murmuró, pasando un dedo tembloroso y manchado de tinta por las líneas de proyección de la Casa Lys—. Muy interesante, Elías. Esto no es un simple plano arquitectónico. Es una carta de navegación estelar aplicada a la tierra. Un gnomon gigante disfrazado de palacio burgués.

—La nota del archivero dice que se activa en el equinoccio con la "luz de Orión" —apuntó Elías, señalando la inscripción.

Cimadevilla soltó una carcajada seca, que terminó en un ataque de tos bronca, de fumador de tabaco negro sin filtro. Se golpeó el pecho magro hasta recuperar el aliento.

—¡Paparruchas poéticas! —escupió con desdén—. Quien escribió esto quería sonar místico para despistar a los profanos. "La luz de Orión"... ¡Bah! Eso es literatura barata [1].

El profesor sacó una regla de cálculo de su bolsillo y empezó a manipularla con una destreza fascinante.

—Escucha, Elías. Orión es una constelación de invierno. Sus estrellas principales, Betelgeuse y Rigel, tienen una declinación específica en el cielo del hemisferio norte. Si la vidriera sur de la Casa Lys está orientada al sur verdadero —hizo unos cálculos rápidos en el margen de un papel sucio—, la luz de esas estrellas solo golpearía el suelo con el ángulo de incidencia que marca este dibujo en una fecha muy concreta del año 2.

El profesor se detuvo. Se quitó las gafas, limpió el cristal sucio con la manga de su bata y miró a Elías con una gravedad absoluta.

—Esa fecha es hoy, Elías. Coincide con la festividad de los Difuntos. O mañana a más tardar. Estamos en la ventana temporal exacta. La alineación es perfecta a principios de noviembre.

Elías sintió un nudo en el estómago. La coincidencia no existía. Elena no huía al azar; tenía un calendario marcado con sangre.

—¿Y la coordenada? —preguntó, sintiendo la urgencia—. ¿Qué señala el edificio?

—Eso es lo brillante y lo perverso —Cimadevilla señaló el mapa de Aveiro con la uña sucia—. Mira la escala de este mapa. Está basada en el meridiano de Lisboa, no en el de Greenwich. Es cartografía antigua, de contrabandistas del siglo XIX. Si trasladamos el ángulo de luz de la Casa Lys a este mapa...

El profesor trazó una línea imaginaria sobre el papel con decisión.

—No señala un puerto, Elías. Señala una zona de marismas. Los "Palheiros de Costa Nova".

—¿Las casas de madera de colores? —preguntó Elías, recordando viejas postales turísticas.

—No. Lo que hay *debajo* de ellas. —Cimadevilla bajó la voz hasta un susurro, mirando a las sombras de la biblioteca como si las estanterías tuvieran oídos—. En el siglo XIX, esas casas se usaban para guardar redes, pero las familias poderosas, las que controlaban el comercio de sal y luego el wolframio en los 40, excavaron sótanos en la arena para ocultar mercancía cuando subía la marea. Es un laberinto, Elías. Un laberinto de agua y madera podrida [3].

Elías comprendió. El mecanismo estaba completo en su mente. La Casa Lys era la llave; Aveiro era el cofre.

—Gracias, Miguel. Eres un genio. Sigues siendo el mejor.

—Soy un fantasma, Elías. Como tú. —El viejo profesor le agarró del brazo con una fuerza sorprendente. Sus dedos eran garra—. Ten cuidado. Quien diseñó este sistema sabía de astronomía, de arquitectura y de mareas. Era un hombre del Renacimiento... pero con el alma negra. La Casa Lys no es un museo, amigo mío. Es una trampa de cristal. Y si vas allí hoy, cuando la luz entre... puede que encuentres algo que te queme los ojos. O que alguien te esté esperando en la oscuridad.

Elías recogió sus papeles y guardó el secreto en su maletín.

—Ya he visto la oscuridad, Miguel. Ahora necesito ver la luz, aunque me ciegue.

Al salir de la biblioteca, el sol ya estaba alto sobre Salamanca, haciendo brillar la piedra con una intensidad dolorosa. Pero Elías no sentía calor. La advertencia de Cimadevilla resonaba en su cabeza, mezclándose con la del camarero.

Ahora sabía adónde ir. Caminó hacia la calle Gibraltar, hacia el abismo de vidrio sobre la muralla, consciente de que el "ajustador" del tren probablemente ya le estaba observando desde alguna sombra de los soportales, esperando el momento exacto para parar su reloj para siempre[4].

CAPÍTULO 7

El Vientre de la Libélula

Elías caminó hacia la calle Gibraltar con la cautela de quien transita por un campo minado. El mediodía en Salamanca había disuelto la niebla matinal, pero la luz del sol caía ahora a plomo, blanca y vertical, eliminando las sombras cómodas donde uno podría esconderse. A su alrededor, la ciudad respiraba su rutina provinciana de sotana y luto: señoras de negro riguroso que regresaban de la misa de doce con el velo en la mano, limpiabotas que hacían chasquear sus trapos en las esquinas y algún vendedor de cupones ciego cantando números con una letanía monocorde que sonaba a salmodia religiosa.

Al doblar la esquina, la Casa Lys se alzó ante él, desafiando a la gravedad y a la lógica austera de Castilla.

Si la Catedral y la Universidad eran himnos a la solidez eterna de la piedra, aquel edificio era un poema a la fragilidad. Construido sobre la antigua muralla defensiva, su fachada sur se descolgaba hacia el río Tormes como una cascada imposible de vidrio y hierro forjado.

Para los ojos analíticos de un relojero, no parecía una casa, sino el mecanismo de un autómata gigante y precioso que hubiera quedado varado en la orilla de la historia, esperando que alguien le diera cuerda.

Elías se acercó a la entrada norte, mucho más sobria, situada en la calle Gibraltar. La puerta de madera noble estaba cerrada a cal y canto, y el bronce de la aldaba, forjado con forma de garra de ave rapaz, estaba oscurecido por el desuso y la intemperie. No había cartel de "Museo", ni horarios de visita. En 1958, la casa era un mausoleo privado, habitado solo por los ecos de una familia venida a menos y los secretos que la Hermandad había decidido guardar entre sus muros.

Golpeó la aldaba. Tres veces. *Cloc. Cloc. Cloc.* El sonido retumbó en el interior, hueco y profundo, como si la casa estuviera vacía de muebles pero llena de fantasmas.

Esperó. Se ajustó el sombrero, secándose el sudor frío de la frente, y miró a ambos lados de la calle desierta. El silencio se prolongó tanto que pensó que tendría que buscar otra vía, pero finalmente oyó el arrastrar de unos pies pesados y el rechinar agudo de unos cerrojos sin engrasar.

La puerta se abrió apenas unos centímetros, revelando una oscuridad fresca y un rostro que parecía tallado en corteza de encina vieja. Era un hombre mayor, encorvado por la artrosis, vestido con una chaqueta de punto gris apolillada y unos pantalones de pana lustrosos por el uso. Sus ojos, pequeños y desconfiados como los de un tejón, le examinaron de arriba abajo.

—Está cerrado —gruñó el hombre, con esa hostilidad instintiva del portero que protege la intimidad de sus amos—. Aquí no se vende nada y la señora no recibe visitas.

—No vengo a ver a la señora, ni a comprar nada —respondió Elías, manteniendo la voz firme y metiendo la puntera de su zapato en el hueco de la puerta para evitar el portazo—. Busco una respuesta, Venancio.

El conserje parpadeó, sorprendido al oír su nombre.

—¿Cómo sabe mi gracia? Yo a usted no le conozco. No es de aquí. Habla con el acento de los gallegos.

—Soy el juez Varela. Y traigo un recado urgente de Don Manuel, el archivero de la Catedral de Tui.

Al mencionar al muerto, el rostro de Venancio se transformó. La hostilidad dio paso a una cautela temerosa, casi supersticiosa. Miró por encima del hombro de Elías hacia la calle, escrutando las ventanas vecinas como si temiera que las paredes tuvieran ojos.

—Don Manuel... —susurró el conserje, bajando la voz hasta convertirla en un siseo—. Dicen que ha muerto. Que le partió un rayo en la torre.

—Dicen muchas cosas, Venancio. Pero usted y yo sabemos que los rayos a veces tienen ayuda humana. —Elías sacó un billete de cien pesetas, una pequeña fortuna para un portero en aquella época, y lo deslizó discretamente en la mano callosa del hombre—. Necesito entrar. Solo diez minutos. Tengo que ver el patio central antes de que el sol cambie de posición. Es una cuestión de vida o muerte, y no solo de la mía.

Venancio miró el billete con codicia y miedo a partes iguales. Luego miró a Elías a los ojos, buscando una trampa. Finalmente, suspiró y se apartó, abriendo la puerta lo justo para que pasara una sombra.

—Rápido. Si la señora baja de sus aposentos y le ve, me pone en la calle. Y Dios sabe que no está el horno para bollos con los tiempos que corren.

Elías entró y la puerta se cerró a sus espaldas con un golpe sordo, engullendo la luz cegadora de la calle y sumiéndoles en la penumbra.

El interior de la Casa Lys era otro mundo, un universo aparte con sus propias reglas físicas. Si fuera hacía un frío cortante, allí dentro la atmósfera era templada, casi uterina. Olía a cera de abejas, a madera vieja, a polvo suspendido y a flores secas que llevaban demasiado tiempo en los jarrones. Pero lo que dominaba el espacio no era el olor, sino la luz.

Elías avanzó hacia el patio central y se quedó paralizado, con el cuello rígido mirando hacia arriba.

Sobre su cabeza, cubriendo todo el espacio como un cielo artificial, se extendía la vidriera más impresionante que había visto jamás. Un estallido de colores Art Nouveau: azules cobalto profundos, rojos sangre, amarillos dorados y verdes esmeralda. Figuras de ninfas etéreas y libélulas gigantes danzaban en el cristal, filtrando la luz del mediodía y tiñendo el aire de una iridiscencia mágica y vibrante.

Era como estar dentro de un caleidoscopio habitable. O mejor dicho, dentro de la caja de un reloj de lujo, donde cada rayo de luz era un engranaje.

—Es bonito, ¿eh? —dijo Venancio, quedándose atrás, resguardado en la penumbra del pasillo, como si la luz fuera peligrosa—. Don Miguel de Lis se dejó la fortuna y la cordura en estos cristales. Decían que quería atrapar el sol. Quizás lo consiguió.

Elías no respondió. Su mente estaba calculando. Sacó su cronómetro del chaleco.

12:55.

Faltaban cinco minutos para la hora solar exacta que Cimadevilla había calculado en la biblioteca.

—Venancio, déjeme solo un momento. Vigile la entrada. Si viene alguien, golpee el suelo tres veces.

El conserje asintió, guardándose el billete en el bolsillo, y se retiró arrastrando los pies hacia la portería.

Elías se quedó solo en aquel templo de luz. Bajó la vista al suelo. El pavimento era un mosaico de teselas pequeñas, formando patrones geométricos complejos que mareaban si se miraban fijamente. Sacó el dibujo técnico del archivero y buscó la referencia visual.

Según los cálculos, la luz de la estrella central de la vidriera —que representaba a la noche, paradójicamente situada en el centro del día— debía golpear una baldosa específica.

Elías miró hacia arriba, entornando los ojos. En la vidriera cenital, entre las nubes de cristal pintado, había una pieza distinta a las demás. Un pequeño círculo de vidrio rojo rubí, más grueso, casi una lente convexa diseñada para concentrar el haz.

El sol se movió imperceptiblemente en el cielo exterior. El haz de luz que entraba por el techo se desplazó por el suelo, reptando como un dedo de fuego sobre el mosaico frío.

Elías contuvo la respiración.

El rayo rojo cruzó una línea de baldosas blancas, luego una negra, y finalmente se detuvo, vibrante y nítido, sobre una losa de mármol gris situada cerca de la columna de hierro central.

Allí estaba.

Elías se arrodilló, ignorando el pinchazo de dolor en sus rodillas maltrechas. La luz roja iluminaba un grabado en la piedra que, a simple vista y sin esa iluminación directa, parecería una imperfección del material o una grieta natural. Pero bajo la lente rubí, la grieta cobraba forma y sentido.

Sacó una pequeña lupa de relojero de su bolsillo y observó.

No era un número arábigo. Era un símbolo náutico: Un ancla invertida. Y debajo, dos cifras minúsculas grabadas con buril fino: VII - IV.

—Siete y cuatro... —murmuró Elías, memorizándolo como si fuera una plegaria—. Sector siete, canal cuatro. O profundidad cuatro.

Ya tenía la coordenada. El mapa de Aveiro dejaba de ser mudo. El tesoro tenía una dirección.

Estaba a punto de levantarse, triunfante, cuando un sonido rompió la paz sagrada del patio. No fue el crujido de la madera, ni el viento en los cristales. Fue el sonido metálico, seco e inconfundible, de una corredera de pistola al montarse. *Clack-clack.*

—Bonito espectáculo, ¿verdad, Juez? —dijo una voz a sus espaldas. Una voz suave, culta, con un ligero acento cosmopolita que no pertenecía ni a Salamanca ni a Galicia.

Elías no se giró de inmediato. Se quedó arrodillado, viendo cómo su propia sombra en el suelo se mezclaba con la de otra figura que acababa de entrar en el patio. Una sombra alargada que llevaba un sombrero de ala ancha y un abrigo con vuelo.

—Llega tarde —dijo Elías, intentando mantener la voz firme, aunque sentía el sudor frío bajando por su espalda—. La función de luz ya ha terminado. El sol se va.

—El tiempo es relativo, amigo mío. Para usted ha terminado. Para nosotros, acaba de empezar.

Elías se giró lentamente, levantando las manos para mostrar que estaban vacías.

Allí, a cinco metros de distancia, recortado contra la luz multicolor de las vidrieras como un ángel exterminador, estaba el hombre del tren. El "ajustador". Ya no llevaba el abrigo de *loden* verde, sino un traje gris impecable de corte italiano que gritaba dinero y poder. En su mano derecha, una pistola Beretta con silenciador apuntaba directamente al pecho de Elías.

—Me decepciona, Varela —dijo el asesino, avanzando un paso. Sus zapatos de piel crujieron sobre el mosaico—. Pensé que un hombre de su inteligencia se bajaría en Medina del Campo y volvería a su agujero. La curiosidad es un defecto muy caro en nuestra profesión.

—Y la impunidad es un vicio muy peligroso —replicó Elías, poniéndose en pie con dificultad, apoyándose en la columna de hierro—. ¿Dónde está Venancio?

El hombre se encogió de hombros con elegancia.

—El portero duerme. Un sueño profundo y sin sueños detrás del mostrador. No se preocupe, no ha sufrido. Yo soy un profesional, no un carnicero como los que ustedes envían al matadero.

—¿Ustedes?

—La ley. La justicia. Esos conceptos anticuados que usted adora y que le han traído a esta ratonera. —El asesino sonrió, y sus dientes brillaron bajo la luz azulada de la vidriera—. Deme el cuaderno del archivero, Juez. Y la coordenada que acaba de leer. Quizás le deje salir de aquí caminando.

Elías apretó el maletín contra su pierna. Sabía que mentía. Ese hombre no dejaba cabos sueltos. Si le entregaba la información, sería el último acto de su vida.

—El cuaderno no está aquí —mintió Elías, sosteniendo la mirada del asesino—. Lo envié por correo certificado a un notario de Madrid esta mañana, nada más bajar del tren. Si no le llamo en dos horas, se abrirá el sobre y la Guardia Civil tendrá la lista completa de la Hermandad.

La sonrisa del asesino vaciló por una fracción de segundo. Era la duda. Elías, viejo jugador de póker judicial, había lanzado un farol desesperado.

—Miente —susurró el hombre, pero bajó el cañón unos centímetros, apuntando ahora al estómago, buscando causar dolor en lugar de muerte instantánea—. Nadie confía en los notarios en este país.

Elías sabía que le quedaban segundos. Miró a su alrededor. Vidrio. Todo era vidrio. Frágil, cortante.

De repente, un estruendo sacudió la casa desde la entrada principal. El gran portón de la calle Gibraltar se abrió de golpe, golpeando contra la pared con violencia.

—¡¡Alto a la Guardia Civil!! —tronó una voz conocida.

El asesino se giró bruscamente hacia el pasillo de entrada, sorprendido. Elías no dudó. Aprovechó ese segundo de distracción divina. Agarró un pesado jarrón de cerámica de Talavera que descansaba sobre una peana junto a él y lo arrojó con todas sus fuerzas, no al asesino, sino a la gran vidriera lateral que daba a la calle.

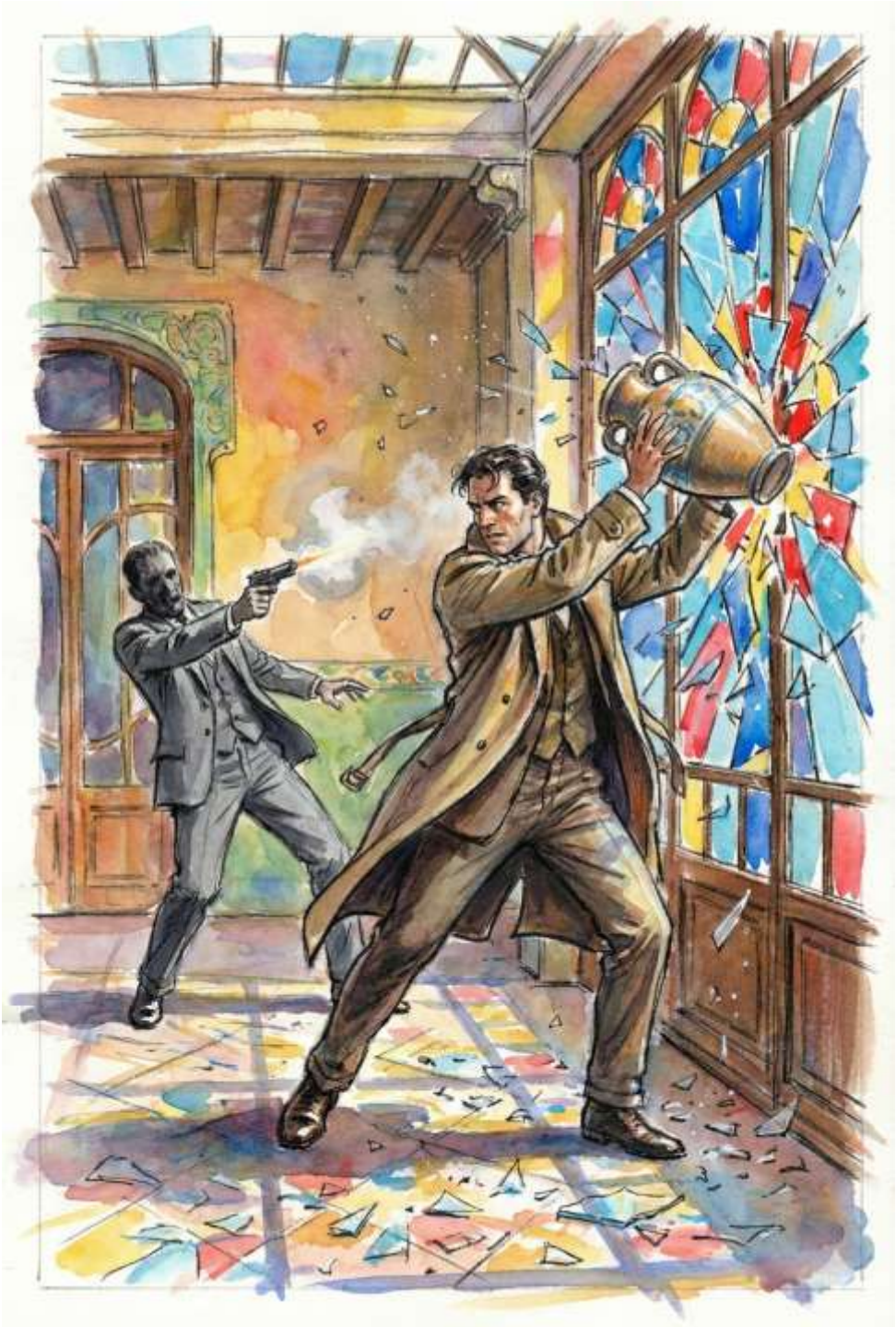
¡CRASH!

El sonido del vidrio rompiéndose fue explosivo, amplificado por la acústica del patio. Fue como si el edificio entero gritara de dolor. Miles de fragmentos de colores llovieron sobre el suelo.

El asesino disparó dos veces por reflejo —*phut, phut*—, pero tuvo que cubrirse la cara con el brazo ante la lluvia de cristales afilados. Las balas se incrustaron en la columna de hierro, a centímetros de la cabeza de Elías.

Elías se tiró al suelo, rodando hacia la protección de una estatua de mármol, mientras la luz del sol entraba a raudales por la herida abierta en el edificio, cegando a todos y convirtiendo el suelo en un campo de cuchillas brillantes.

La partida en Salamanca había terminado de forma violenta. Pero la pieza clave, la coordenada VII-IV, ya estaba grabada a fuego en la mente del relojero. Ahora solo faltaba sobrevivir para llevarla al agua.



CAPÍTULO 8

Cristales Rotos

El tiempo, esa variable que Elías Varela había intentado medir y controlar durante toda su vida con la precisión de sus cronómetros, dejó de fluir en línea recta y estalló en mil pedazos.

El estruendo de la vidriera al romperse no fue solo un sonido; fue una agresión física que sacudió los cimientos de la Casa Lys. El pesado jarrón de Talavera atravesó el panel lateral como un proyectil de artillería, y el vidrio antiguo, tenso por el plomo y los años, cedió con un alarido agudo y desgarrador. Una cascada de fragmentos afilados, teñidos de azul cobalto y rojo sangre, se precipitó sobre el patio interior, creando una cortina de polvo brillante y mortal.

Elías se había ovillado tras el pedestal de mármol de una estatua, cubriéndose la cabeza con el maletín de cuero. Sintió cómo los cristales llovían sobre su espalda, repiqueteando como granizo sobre un tejado de zinc. El aire se llenó instantáneamente de un polvo blanco, seco y asfixiante, mezclado con el olor acre de la pólvora quemada por los disparos del asesino.

—¡¡Quieto todo el mundo!! —volvió a gritar la voz desde la entrada, ahora más cerca, abriéndose paso entre la neblina de yeso y confusión.

Era el **Inspector Souto**. Elías reconoció el timbre autoritario, esa mezcla inconfundible de miedo contenido y deber marcial que caracterizaba al guardia civil.

Hubo un segundo de silencio absoluto, un vacío en la realidad donde solo se escuchaba el tintineo de los últimos cristales cayendo al suelo. Y entonces, el instinto de supervivencia del "ajustador" tomó el control. El asesino no disparó contra la policía. Sabía que un tiroteo con la Benemérita en el centro de una capital de provincia era un suicidio táctico, incluso para los intocables de la Hermandad.

Elías, espiando por una rendija entre el pedestal y el suelo, vio los zapatos de piel italiana del hombre moverse con una velocidad sobrenatural. No corrió hacia la salida principal, donde le esperaban las armas reglamentarias. Corrió hacia el fondo del patio, hacia la zona de servicio en penumbra que conectaba con las cocinas y el antiguo acceso al río.

—¡Se escapa por el fondo! —gritó Elías, tosiendo por el polvo que flotaba en el ambiente.

Dos disparos resonaron desde la entrada. *Bang. Bang.*

Fueron disparos de advertencia, secos y atronadores en el espacio cerrado. Una bala impactó contra la madera de la balaustrada superior, haciendo saltar astillas. Pero el hombre del traje gris ya no estaba allí. Su sombra se había disuelto en la oscuridad del pasillo trasero con la fluidez de un espectro.

Souto irrumpió en el centro del patio, con la pistola Star humeante en la mano y el rostro desencajado por el cansancio de la conducción

nocturna y la adrenalina del momento. Iba acompañado de dos números de la comandancia local de Salamanca, jóvenes y visiblemente nerviosos, que apuntaban con sus mosquetones Mauser a las vidrieras rotas, como si esperaran que las ninfas de cristal fueran a devolver el fuego.

—¡Varela! —bramó Souto, barriendo la estancia con la mirada, buscando entre los escombros—. ¿Está herido?

Elías se incorporó lentamente, apoyándose en la estatua. Se sacudió los fragmentos de vidrio de los pliegues de su gabardina con manos temblorosas. Un hilo de sangre le bajaba por la mejilla izquierda, donde una esquirla volante le había rozado, pero el dolor era lejano, anestesiado por el shock.

—Estoy vivo, Inspector —respondió Elías, con la voz quebrada—. Pero él se ha ido. Ha huido por las cocinas.

—¡Rodríguez, García! —ordenó Souto a los guardias locales sin dejar de apuntar al pasillo—. ¡Cubrid la trasera! ¡Que no salga al río Tormes! ¡Avisad a la patrulla del Puente Romano inmediatamente!

Los dos guardias salieron corriendo, sus botas claveteadas resbalando peligrosamente sobre el mosaico cubierto de vidrio triturado.

Souto se acercó a Elías y le agarró por el brazo, examinándole con una brusquedad casi paternal.

—¿Le ha dado?

—No. Falló por poco. —Elías miró hacia la entrada, con una expresión sombría—. Pero creo que Venancio no ha tenido tanta suerte.

El silencio volvió a caer sobre la Casa Lys, ahora violada y expuesta a la intemperie. El viento frío de noviembre entraba libremente por el boquete de la vidriera destrozada, moviendo las cortinas rasgadas como banderas de rendición.

Souto y Elías caminaron hacia la portería. El olor a pólvora dejaba paso al olor a cera vieja y... a algo más orgánico y perturbador.

Encontraron al conserje detrás de su pequeño mostrador de madera. **Venancio** parecía estar durmiendo plácidamente, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados sobre la mesa. Pero el charco oscuro y denso que se extendía bajo su silla contaba otra historia.

El "ajustador" había cumplido su palabra de profesional: había sido rápido y limpio. Un solo golpe preciso en la base del cráneo, o quizás una técnica de estrangulamiento silencioso. No había sangre visible en la ropa, solo la quietud absoluta e irreversible de la muerte. El billete de cien pesetas que Elías le había dado asomaba, arrugado, de su bolsillo derecho, como una propina macabra para el barquero Caronte.

Souto se quitó el tricornio y se persignó con un gesto rápido y supersticioso.

—Pobre diablo —murmuró, apretando la mandíbula—. Solo abrió una puerta y le costó la vida.

Elías sintió un peso insoportable en el pecho, más fuerte que el miedo que acababa de pasar. Aquel hombre había muerto por su culpa. Por su curiosidad. Por su necesidad de resolver el rompecabezas.

—Me dijo que no había sufrido —dijo Elías, con una amargura que le quemaba la garganta—. Al menos en eso el asesino no mintió.

Souto se giró hacia Elías, y la rabia contenida le enrojeció el cuello por encima del cuello duro del uniforme.

—¡Por todos los demonios, Varela! ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? —Le señaló con el dedo índice, temblando de furia—. ¡Se ha metido en la boca del lobo sin armas y sin apoyo! ¡He tenido que conducir desde Tui toda la noche, reventando el motor del coche patrulla, rezando para llegar antes de que le encontraran flotando boca abajo en el Tormes!

—Sabía que vendría, Inspector —respondió Elías con calma, limpiándose la sangre de la mejilla con un pañuelo—. Usted es un hombre de ley. No podía dejar el caso a medias.

—No es el caso lo que me preocupa, ¡es su pellejo! —Souto envainó la pistola con un movimiento brusco—. La Hermandad ha matado a un conserje en el centro de Salamanca a plena luz del día. Esto ya no es un crimen, Elías; es una declaración de guerra. Han quemado las naves. Ya no les importa quién mira.

Elías miró hacia el patio, donde la luz del sol, ahora sin el filtro mágico de los cristales rotos, iluminaba el suelo de forma cruda y fea. El encanto de la Casa Lys había desaparecido. Ya solo era un escenario del crimen más, lleno de polvo y muerte.

—Tienen miedo, Souto —dijo Elías, caminando de vuelta hacia el centro del patio. Sus zapatos crujían sobre los cristales—. Han enviado a su mejor hombre porque sabían lo que Manuel había escondido aquí. Sabían que, si yo lo encontraba, su impunidad se acabaría.

—¿Y bien? —Souto le siguió, bajando el tono de voz para que los guardias que regresaban no oyeran—. ¿Lo ha encontrado? ¿Valió la pena la muerte de este pobre viejo?

Elías se detuvo frente a la columna de hierro donde se habían incrustado las balas. Miró al suelo, a la losa de mármol gris que, minutos antes, había estado bañada por la luz rubí. Ahora, bajo la luz blanca del mediodía, el grabado era invisible para quien no supiera exactamente dónde mirar.

—Sí —asintió Elías, tocándose la sien—. Tengo la coordenada.

—¿Un mapa?

—Mejor. Una dirección exacta. —Elías bajó la voz—. Está aquí dentro. Sector Siete. Canal Cuatro. Ancla Invertida. Es un punto preciso en la ría de Aveiro, en Portugal. Allí es donde esconden lo que sea que sustenta su poder. Oro, documentos, listas de colaboradores... lo que construyó su imperio de wolframio.

Souto miró a su alrededor, nervioso. Sabía que la policía local y el juez de guardia de Salamanca llegarían en cualquier momento, y con ellos, las preguntas incómodas, los informes a Madrid y la burocracia que la Hermandad sabía manipular tan bien desde los despachos del Ministerio.

—Tenemos que irnos, Elías. Ya. —Souto le agarró del codo con urgencia—. Si nos quedamos aquí a esperar al juez, la Hermandad moverá sus hilos. Dirán que fue un robo que salió mal, o peor, que usted es el culpable de la muerte de Venancio y que yo le encubrí. Nos empapelarán y nos meterán en un calabozo antes de que podamos decir "Aveiro". Y en ese calabozo, sufriremos un "accidente".

—¿Irnos a dónde? —preguntó Elías—. Las carreteras estarán vigiladas. El "ajustador" sigue libre y tiene recursos.

—A Portugal —sentenció el inspector, con una determinación nueva y peligrosa en sus ojos—. Tengo el coche fuera. Es un Land Rover

oficial prestado de la comandancia. Si salimos ahora mismo hacia Ciudad Rodrigo, podemos cruzar la frontera por Vilar Formoso antes de que den la alerta general de búsqueda.

—¿Va a cruzar la frontera internacional sin orden judicial y con un civil sospechoso? —Elías arqueó una ceja, sorprendido—. Eso es deserción, Inspector. Le costará la carrera. Le costará el uniforme.

Souto miró el cuerpo inerte de Venancio al fondo del pasillo. Luego miró los cristales rotos, símbolo de una justicia que se había hecho añicos hacía tiempo.

—Mi carrera terminó cuando vi el cadáver de Manuel colgando en la torre, Varela. Ahora solo quiero ponerle las esposas a quien dio la orden, se llame como se llame. —Souto se caló el tricornio con fuerza—. Además, usted necesita un escolta armado. Y yo necesito un guía. Usted tiene el mapa en la cabeza; yo tengo la pistola y la placa.

Elías asintió lentamente. Era un trato justo. Un pacto de fugitivos.

—Entonces vámonos. El sol se mueve rápido hacia el oeste, y la marea en Aveiro no espera a nadie.

Salieron de la Casa Lys dejando la puerta abierta, entregando el edificio a los curiosos que empezaban a arremolinarse y a las palomas que entraban por la vidriera rota, reclamando el espacio.

El Land Rover gris de la Guardia Civil estaba aparcado en la acera de la calle Gibraltar, con el motor aún caliente y tictaqueando. Elías subió al asiento del copiloto, sintiendo el olor a gasolina, a polvo de caminos y a tabaco negro del interior. Mientras Souto arrancaba el motor con un rugido bronco y metía primera, Elías echó una última mirada a la fachada de vidrio.

La Casa Lys, herida y mutilada, parecía observarle con sus ojos vacíos. El mecanismo de Salamanca se había roto para siempre, pero el de Portugal acababa de ponerse en marcha.

—A la frontera, Souto —dijo Elías, abriendo su maletín para sacar el mapa de carreteras—. Y pise a fondo. Porque ahora sí que vamos contrarreloj.

El vehículo aceleró, levantando una nube de polvo, alejándose de la ciudad dorada para buscar el refugio incierto de la Raya, allí donde la ley se difuminaba y solo quedaba la voluntad de dos hombres contra un imperio de sombras.

CAPÍTULO 9

La Raya

El Land Rover de la Guardia Civil devoraba la carretera nacional N-620 como un animal hambriento, levantando una estela de polvo ocre que la brisa de la meseta se encargaba de borrar al instante. El motor rugía, forzado más allá de sus límites, mientras el paisaje castellano —encinas solitarias, campos de cereal segado y muretes de piedra seca— pasaba por las ventanillas convertido en una mancha borrosa de color pardo.

Dentro de la cabina, el aire estaba cargado de tensión y olor a tabaco negro. El Inspector Souto conducía con los nudillos blancos sobre el volante, los ojos clavados en el asfalto y la mandíbula apretada hasta el dolor. A su lado, Elías Varela revisaba el mapa de carreteras desplegado sobre sus rodillas, aunque su mente estaba muy lejos, atrapada todavía en el patio de la Casa Lys, junto al cuerpo de un conserje que había muerto por una propina de cien pesetas.

—Llevamos una hora de ventaja —dijo Elías, rompiendo un silencio que empezaba a ser asfixiante—. Si el juez de Salamanca es lento con el papeleo, llegaremos a Fuentes de Oñoro antes de que den la orden de cierre.

Souto soltó una risa seca, sin humor.

—Usted no conoce a la Benemérita, Varela. El juez puede ser lento, pero el teléfono es rápido. Si los guardias locales han reportado el tiroteo y la muerte de Venancio, mi matrícula ya está en todas las comandancias de la provincia. No nos persigue un coche; nos persigue el telégrafo.

Elías miró al inspector. Vio el sudor perlando su sien bajo el tricornio. Souto era un hombre de orden, un oficial que había jurado proteger la ley, y ahora estaba conduciendo un vehículo oficial hacia una frontera extranjera, huyendo de sus propios compañeros.

—¿Por qué lo hace, Souto? —preguntó Elías, buscando la verdad en los ojos del otro—. Podría haberme detenido en la Casa Lys. Podría haber alegado que yo maté a Venancio y salvar su carrera. Nadie hubiera cuestionado su palabra contra la de un viejo juez retirado.

Souto frenó bruscamente para tomar una curva cerrada, haciendo que los neumáticos chillaran.

—Porque estoy cansado de cerrar los ojos, Elías. —Golpeó el volante con la palma de la mano—. Llevo diez años en la frontera. He visto pasar camiones cargados de "maquinaria agrícola" que pesaban demasiado, he visto pasaportes falsos visados por gobernadores civiles, he visto cómo detenemos al pobre diablo que pasa dos kilos de café mientras saludamos al coche oficial que pasa dos toneladas de wolframio o de arte sacro.

El inspector miró a Elías de reojo.

—Usted dijo que la Hermandad son los "dueños del silencio". Pues bien, hoy se les ha ido la mano. Han hecho ruido. Y yo quiero estar ahí cuando ese ruido les reviente en la cara. Además... —Souto dudó un instante—... hay algo que no encaja en todo esto.

—¿A qué se refiere?

—Al "ajustador". —Souto frunció el ceño—. Es un profesional, ¿verdad? Un tipo que mata a un hombre con un toque en el cuello y desaparece como el humo.

—El mejor que el dinero puede comprar —confirmó Elías.

—Entonces, explíqueme una cosa, Señoría. —Souto bajó una marcha al ver la señal de *Aduana a 5 km*—. ¿Por qué falló con usted?

Elías se quedó helado.

—Me protegí tras la estatua. Rompí la vidriera para distraerle.

—Ya. Un jarrón contra un cristal —Souto negó con la cabeza—. Varela, ese hombre tenía una pistola con silenciador y una posición de tiro limpia. Yo entré gritando, sí, pero él tuvo dos segundos completos antes de que mis hombres y yo cruzáramos el umbral. Dos segundos para un profesional son una eternidad. Podría haberle metido dos balas en el pecho y haber huido igual.

Elías repasó la escena mentalmente. El sonido de los disparos. *Phut, phut*. Las balas incrustadas en la columna de hierro, a la altura de su cabeza... o quizás un poco más arriba. Demasiado arriba.

—¿Sugiere que falló a propósito? —preguntó Elías, sintiendo un escalofrío.

—Sugiero que a lo mejor no quería matarle. Al menos, no allí. No todavía. —Souto señaló el horizonte, donde ya se divisaban las

barreras pintadas de la frontera—. Piénselo. Usted tiene la coordenada en la cabeza. Si le mata en Salamanca, la información muere con usted. Pero si le deja huir...

—... le llevo directo al tesoro —concluyó Elías, sintiéndose repentinamente estúpido.

No había sido una huida. Había sido un arreo. El "ajustador" le había empujado hacia Portugal como un perro pastor empuja a una oveja descarriada hacia el redil.

—Es una trampa —murmuró Elías—. Nos están dejando cruzar.

—Exacto. —Souto aceleró hacia el puesto fronterizo—. Y vamos a entrar en ella de cabeza. Porque es la única forma de saber qué hay al otro lado.

El puesto de Fuentes de Oñoro / Vilar Formoso apareció ante ellos. Era una estructura gris y severa, con banderas de España y Portugal ondeando lánguidamente. Dos agentes de la Guardia Civil salieron de la caseta española al ver acercarse el Land Rover, levantando la mano para que pararan.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elías, agarrando el asa del maletín.

—Ahora, actúe con naturalidad —dijo Souto—. Usted es un perito judicial en misión oficial. Y yo soy su escolta. Si preguntan por la orden escrita, improvisaré. Y si no... rece para que sepan nadar.

Souto detuvo el coche junto a la barrera. Bajó la ventanilla. El aire frío de la frontera le golpeó la cara.

El guardia que se acercó era un cabo joven, con el uniforme impecable. Se cuadró al ver los galones de inspector de Souto.

—A la orden, mi inspector. No esperábamos un vehículo de la Comandancia.

—Servicio urgente, Cabo. Traslado de un testigo clave para una comisión rogatoria en Aveiro. —Souto habló con una autoridad de acero, sin titubear—. Abran la barrera. Tenemos prisa.

El cabo dudó. Miró la matrícula del Land Rover y luego a Elías, que mantenía la vista al frente con gesto severo.

—Disculpe, Inspector, pero... acabamos de recibir una llamada de Salamanca. Reportan un incidente grave con un vehículo de estas características. Han ordenado cerrar el paso a cualquier coche oficial que no lleve el salvoconducto del Gobernador.

El tiempo se detuvo. Elías vio cómo la mano del cabo se movía imperceptiblemente hacia la funda de su arma. Souto tensó los músculos de las piernas, listo para pisar el acelerador y embestir la barrera de madera.

—¿Incidente grave? —preguntó Souto, manteniendo la sonrisa congelada—. Debe de haber un error, Cabo. Nosotros somos la autoridad. Llame a Tui si quiere confirmar mi identidad. Soy el Inspector Souto.

El cabo frunció el ceño, confundido por la seguridad de Souto.

—Souto... Sí, el aviso menciona a un Inspector Souto. —El joven guardia dio un paso atrás, su mano ya aferrando la empuñadura de la pistola—. Dice que... dice que hay que facilitarle el paso.

Souto y Elías intercambiaron una mirada rápida de desconcierto.

—¿Cómo dice? —preguntó Souto, incrédulo.

—La orden viene directa de Madrid, mi inspector. Del Ministerio. —El cabo se relajó y soltó el arma—. "Prioridad absoluta al Inspector Souto y su acompañante. Máxima colaboración". Eso han dicho.

El guardia hizo una señal a su compañero, quien levantó la barrera pintada de rojo y blanco.

—Pueden pasar. Vayan con Dios.

Souto metió primera y el coche cruzó la línea invisible. Dejaron atrás la bandera española y entraron en tierra de nadie, hacia el puesto portugués de la PIDE.

Elías miró por el retrovisor cómo la barrera bajaba tras ellos.

—¿Prioridad absoluta? —susurró—. ¿Desde Madrid?

Souto estaba pálido.

—Le dije que la Hermandad tenía tentáculos largos, Elías. Pero esto... esto es peor. No nos persiguen. Nos están abriendo las puertas.

—Quieren que lleguemos a Aveiro —dijo Elías, comprendiendo la magnitud de la encerrona—. Quieren que abramos la caja fuerte para ellos. Y cuando lo hagamos...

—... entonces cerrarán la trampa —terminó Souto.

El Land Rover entró en Portugal. El paisaje era el mismo, pero el aire parecía más denso, cargado de amenazas invisibles. Ya no eran fugitivos de la ley. Eran marionetas en un escenario que la

Hermandad había construido para ellos. Y la función acababa de empezar.

LAND ROVER

CAPÍTULO 10

La Boca del Lobo

El paisaje cambió nada más cruzar la línea imaginaria de la frontera. La sequedad dorada y austera de Castilla dio paso a una orografía más abrupta, más verde y oscura, donde los bosques de castaños y pinos parecían cerrarse sobre la carretera como una bóveda vegetal. Portugal recibía a los fugitivos con una llovizna fina y persistente, esa *morrinha* atlántica que no llega a mojar el suelo de inmediato, pero que empapa el alma y difumina los contornos de la realidad.

El Inspector Souto conducía en un silencio sepulcral. La tensión en la cabina del Land Rover era casi sólida. Desde el extraño incidente en el puesto de Vilar Formoso, el oficial no había pronunciado palabra, pero la forma en que sujetaba el volante, con los nudillos blancos y los tendones de los antebrazos marcados bajo el uniforme, gritaba su frustración más que cualquier discurso. Había sido traicionado por sus propios superiores, convertido en un peón dentro de un juego político que le superaba.

Elías Varela observaba el retrovisor obsesivamente, limpiando el vaho del cristal con el dorso de la mano cada pocos minutos. La carretera estaba vacía. No había luces siguiéndoles. Y eso era, paradójicamente, lo que más le inquietaba.

—No intente buscarles, Varela —dijo finalmente Souto, con una voz ronca y cansada que apenas se oía sobre el ruido del motor—. No nos siguen. Ya saben adónde vamos. Nos están pastoreando.

—Lo sé —respondió Elías, girándose hacia el frente—. Pero necesito entender por qué. Si la Hermandad es tan poderosa, si tienen al Ministerio en su bolsillo, ¿por qué necesitan que nosotros abramos la caja? Ellos tienen recursos, ingenieros, dinamita... Podrían dragar la ría de Aveiro entera si quisieran.

—Tienen fuerza, pero no tienen la llave. —Souto redujo la velocidad al atravesar una aldea de casas de piedra granítica con los postigos cerrados a cal y canto—. Usted dijo que el mecanismo era de dos piezas: el mapa y la coordenada. Ellos tienen el edificio en Salamanca, sí, pero usted tiene el intelecto para descifrar el *Almanaque* y la coordenada exacta. Probablemente llevan años intentando encontrar ese lugar sin éxito.

—Y ahora esperan que yo haga el trabajo sucio —concluyó Elías con amargura.

Souto asintió gravemente, sin apartar la vista de la carretera mojada.

—Somos sus sabuesos, Elías. Nos dejarán correr hasta que encontremos la presa. Y entonces... entonces nos sacrificarán.

La noche cayó sobre ellos antes de llegar a Oporto. La ciudad del Duero apareció como un gigante de granito dormido junto al río, salpicada de luces amarillentas que se reflejaban en el agua negra y revuelta. Oporto en 1958 era una ciudad severa, comercial y británica

en sus costumbres, pero profundamente latina en su decadencia melancólica.

Souto detuvo el vehículo en los muelles de la Ribeira, bajo la inmensa estructura de hierro del Puente de Don Luis I. El río olía a salitre, a vino rancio, a carbón y a brea.

—No podemos ir directamente a Aveiro esta noche —dijo el inspector, apagando el motor. El silencio repentino les zumbó en los oídos—. Estamos agotados y el Land Rover necesita combustible. Además, si vamos ahora a los *Palheiros*, estaremos cavando nuestra propia tumba en la oscuridad. Necesitamos ver el terreno con luz.

—Y necesitamos un barco —añadió Elías, mirando los pesqueros amarrados que oscilaban con la corriente—. La coordenada habla de un canal y un ancla. Si lo que buscamos está bajo el agua o en una zona de marismas, no llegaremos andando.

Souto se frotó la cara con las manos, intentando borrar el cansancio.

—¿Conoce a alguien aquí? Mi jurisdicción terminó hace doscientos kilómetros. Aquí soy un extranjero armado, y la PIDE —la temida policía política de Salazar— no es conocida por su amabilidad con los visitantes armados sin permiso.

Elías dudó un momento. Abrió su maletín y sacó el *Almanaque Náutico*. Pasó las páginas hasta encontrar una anotación en el margen, escrita con la misma tinta ferrogálica que la pista de Salamanca, pero con una caligrafía distinta.

—Manuel tenía contactos aquí —dijo Elías, señalando un nombre subrayado—. Librería Lello e Irmão. Hay una nota al margen: *"Preguntar por el Sr. Monforte. Ediciones cartográficas"*.

—¿Una librería? —Souto arqueó una ceja con escepticismo—. Varela, nos persiguen asesinos profesionales, no críticos literarios.

—El contrabando de wolframio requirió mapas precisos, Inspector. Y mucha documentación falsa para sacar el dinero. Las mejores imprentas siempre han estado vinculadas al comercio de libros antiguos. Si este tal Monforte ayudó a la Hermandad en el pasado, quizás sepa dónde están los puntos ciegos de Aveiro. O quizás... quizás sea otro enemigo.

—A estas alturas, la diferencia es mínima —sentenció Souto, abriendo la puerta del coche—. Vamos. Pero deje que yo hable. Mi portugués es tosco, pero mi pistola es un lenguaje universal.

Caminaron por las calles empinadas de Oporto, sorteando tranvías y marineros borrachos que salían de las tabernas. La ciudad tenía una belleza lúgubre, con sus fachadas de azulejos azules desgastados y esa niebla que subía del río como un sudario.

Llegaron a la Rua das Carmelitas. La fachada neogótica de la Librería Lello destacaba iluminada tenuemente, como un templo pagano. A pesar de la hora, había luz en el interior. Elías empujó la puerta y una campanilla anunció su llegada.

El interior era sobrecogedor. Una escalera de madera tallada de color carmín dominaba el espacio, curvándose como una serpiente hacia el piso superior. Las estanterías llegaban hasta el techo, repletas de miles de volúmenes. Olía a papel viejo, a barniz y a tabaco de pipa de calidad.

Un hombre apareció en la galería superior. Era alto, delgado como un estilete, vestido con un traje oscuro de corte antiguo. Llevaba unos anteojos colgados de una cadena de oro y sostenía un libro abierto con una elegancia estudiada.

—La tienda está cerrada, caballeros —dijo el hombre en un castellano perfecto, con un acento cantarín—. La sed de conocimiento deberá esperar hasta mañana a las nueve.

—No tenemos sed de conocimiento, señor Monforte —dijo Elías, avanzando hasta el pie de la escalera y alzando el *Almanaque* para que el hombre lo viera—. Tenemos sed de respuestas. Y traemos un libro que creo que le pertenece a su pasado.

El hombre de arriba se tensó visiblemente. Cerró su libro con un golpe seco que resonó en toda la librería. Bajó la vista hacia Souto, notando el bulto inconfundible del arma bajo la gabardina, y luego clavó sus ojos en Elías.

—El Almanaque del Archivero... —susurró Monforte, descendiendo los escalones con lentitud majestuosa—. Me dijeron que ese libro se había perdido en una tormenta en Tui.

—El libro sobrevivió. El archivero no —replicó Elías con frialdad—. Y si no nos ayuda, me temo que la tormenta va a arrastrarle a usted también.

Monforte llegó al suelo y se acercó a ellos. Sus ojos eran grises, inteligentes y carentes de miedo, los ojos de alguien que ha visto caer imperios.

—¿Ayudarles? —sonrió con tristeza—. Caballeros, si traen ese libro aquí, es que la Hermandad les pisa los talones. Yo no soy un héroe. Soy un comerciante de papel que quiere morir en su cama.

—No le pedimos heroísmo —intervino Souto, dando un paso adelante para intimidar—. Le pedimos un nombre. Necesitamos un barquero en Aveiro. Alguien que no haga preguntas y que conozca los canales antiguos, los que no salen en los mapas oficiales.

Monforte miró el *Almanaque* en las manos de Elías. Pareció luchar consigo mismo un instante. Finalmente, suspiró, derrotado por los recuerdos.

—En Aveiro... —dijo bajando la voz— hay un hombre. Le llaman **"O Silencioso"**. Vive en los *Palheiros* de Costa Nova, en una caseta pintada de rayas negras y rojas. Fue buzo durante la guerra, rescatando cargamentos hundidos. Si lo que buscan está bajo el agua, él es el único que puede llevarles sin encallar.

—¿Negras y rojas? —preguntó Elías—. Esos colores no son los habituales de la zona.

—Son los colores del luto y la sangre —respondió Monforte, dándose la vuelta—. Ahora, márchense. Si la PIDE les encuentra aquí, diré que me amenazaron. Y no estaré mintiendo del todo, ¿verdad, Inspector?

Souto asintió, respetando la franqueza del librero.

—Vámonos, Elías. Tenemos un nombre y un color.

Salieron de nuevo a la noche de Oporto. La lluvia había arreciado.

—Aveiro está a una hora al sur —dijo Souto, subiéndose el cuello del abrigo—. Si salimos ahora, llegaremos al amanecer.

Elías miró el Almanaque. La coordenada VII-IV ardía en su mente.

—Ancla invertida... buzo... cargamentos hundidos... —murmuró para sí mismo—. Souto, no vamos a buscar documentos en una caja fuerte. Vamos a buscar un pecio. Un barco hundido deliberadamente para ocultar algo.

—¿Un barco? —Souto le miró sorprendido—. ¿En medio de la ría?

—Es el mejor escondite del mundo, Inspector. Nadie busca bajo el lodo.

CAPÍTULO 11

Los Colores del Silencio

El amanecer sobre la ría de Aveiro no trajo luz, sino una claridad lechosa y difusa. La niebla se levantaba desde las aguas salobres de la laguna, borrando el horizonte y convirtiendo el mundo en un lugar sin bordes. El Land Rover avanzaba despacio por la carretera de la costa, con los limpiaparabrisas luchando contra la bruma salina.

Habían dejado atrás la ciudad de Aveiro y sus canales turísticos para adentrarse en la lengua de arena de Costa Nova do Prado. A un lado tenían el Atlántico, rugiendo invisible tras las dunas; al otro, la ría, mansa y traicionera.

—Ahí están —señaló Elías.

A través de la niebla empezaron a surgir los *palheiros*. Eran construcciones de madera sobre pilotes, antiguas barracas de pescadores convertidas en casas de veraneo. Su característica principal era inconfundible: estaban pintadas con franjas verticales de colores vivos sobre fondo blanco. Rojo, azul, verde, amarillo. Parecían fichas de un juego de mesa gigante alineadas frente al agua.

Pero Elías no buscaba colores alegres. Buscaba una anomalía.

—Busque el negro —recordó Souto, con la mano cerca de la pistola. El inspector estaba ojeroso, al límite de sus fuerzas, pero la adrenalina le mantenía alerta.

Recorrieron el paseo de madera. La mayoría de las casas estaban cerradas por la temporada. El lugar estaba desierto, salvo por algunas gaviotas que chillaban sobre los postes de amarre.

Finalmente, al final del camino, separada de las demás como una oveja negra, la vieron.

No era una casa cuidada como las otras. La madera estaba hinchada por la humedad y la pintura se descascarillaba. Las franjas no eran blancas y alegres; eran de un rojo oscuro, casi granate, alternadas con negro brea. La casa parecía una herida en el paisaje.

Souto detuvo el coche a unos cincuenta metros.

—Quédese aquí, Varela. Yo iré primero. Si ese buzo es amigo de la Hermandad, puede que nos reciba a tiros.

—Si fuera amigo de la Hermandad, viviría en un palacio en Lisboa, no en esta chabola —replicó Elías, bajando del coche—. Además, necesita que yo le explique la coordenada.

Caminaron juntos por la pasarela de madera que crujía bajo sus pies. El olor a cieno y pescado podrido era intenso. Debajo de la casa, entre los pilotes, el agua oscura de la ría lamía la madera con un sonido de succión desagradable.

Llegaron a la puerta. No había nombre, ni número. Solo un viejo casco de buzo de cobre, abollado y verde por el verdín, colgado de un clavo como un trofeo macabro.

Souto golpeó la puerta con la culata de su pistola.

—¡Abran! ¡Guardia Civil! —gritó, olvidando por un momento que su autoridad allí era nula.

Nadie respondió.

Souto probó el picaporte. Estaba abierto. La puerta giró con un chirrido.

Entraron con cautela. El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz gris que entraba por las rendijas de las contraventanas. La casa era un caos de redes, boyas de cristal, mapas náuticos clavados en las paredes y botellas vacías.

Al fondo, sentado en una mecedora frente a una estufa de leña apagada, había una figura.

Era un hombre inmenso, una montaña de carne y músculo envuelta en un jersey de lana gruesa. Tenía la cabeza afeitada y una barba blanca y desaliñada. Estaba inmóvil, mirando al vacío.

—¿Es usted "O Silencioso"? —preguntó Elías.

El hombre no se movió. Ni siquiera parpadeó.

Souto avanzó con el arma en alto, pero se detuvo bruscamente al llegar a su lado. Bajó la pistola lentamente.

—No va a contestar, Elías.

—¿Está muerto? —preguntó el relojero, sintiendo que la esperanza se le escapaba.

—No. Peor. —Souto señaló las manos del hombre, que descansaban sobre sus rodillas. Eran manos enormes, capaces de estrangular a un tiburón, pero estaban flácidas, inútiles—. Mire sus ojos. No hay nadie ahí dentro.

Elías se acercó. Las pupilas del gigante estaban dilatadas, fijas en un punto invisible. Un hilo de baba le caía por la comisura de los labios. Sobre la mesa, junto a él, había una botella de aguardiente y una jeringuilla de cristal vacía.

—Le han lobotomizado —susurró Elías con horror—. O le han drogado hasta borrarle la mente.

Souto tocó el cuello del hombre. Tenía pulso, pero era lento, rítmico, vegetal.

—Llegamos tarde. La Hermandad pasó por aquí antes. Sabían que vendríamos a por él. Han dejado el cuerpo, pero se han llevado al piloto.

Elías miró alrededor con desesperación. Sin el buzo, la coordenada VII-IV no servía de nada. No conocían las corrientes, ni los fondos.

—Espera... —Elías se fijó en algo.

El gigante no miraba al vacío por casualidad. Sus ojos estaban clavados en un punto fijo de la pared opuesta. Elías siguió la línea de su mirada.

Allí, entre los mapas viejos, había una fotografía enmarcada en madera negra. Era una foto antigua, color sepia, de un grupo de hombres sonrientes en la cubierta de un barco de carga. Detrás de ellos, se veía una fecha pintada en un salvavidas: 1943.

Pero lo que llamó la atención de Elías no fue la foto, sino el marco. Estaba torcido.

—Souto, mire eso. —Elías se acercó a la pared—. Un hombre obsesivo como este, que ordena sus redes por tamaños, no tendría un cuadro torcido.

Elías descolgó el cuadro.

Detrás no había una caja fuerte. Había un agujero en la madera, un escondite tosco. Dentro, envuelto en un trapo manchado de grasa, había un objeto pesado.

Elías lo sacó y desenvolvió el trapo.

Era un cuaderno de bitácora. Las tapas eran de cuero negro, hinchadas por el agua salada. En la portada, grabado en oro casi borrado, se leía el nombre de un barco:

SS WOLFRAM

Matrícula de Hamburgo

Souto se acercó, olvidando al gigante catatónico.

—¿El barco alemán?

Elías abrió el cuaderno. Las páginas estaban rígidas, pero la tinta era legible. No eran anotaciones de navegación. Eran coordenadas de inmersión. Y en la última página, escrita con una letra temblorosa, había una frase en portugués:

"O que o rio leva, o mar guarda. Canal IV. Profundidade 7 braças. Onde as sombras se cruzam."

(Lo que el río lleva, el mar lo guarda. Canal IV. Profundidad 7 brazas. Donde las sombras se cruzan).

—No necesitamos al buzo, Inspector —dijo Elías, cerrando el cuaderno con un golpe seco—. El buzo nos ha dejado su testamento. Sabemos dónde está el barco hundido.

De repente, el gigante emitió un sonido. Un gemido gutural, profundo, que les heló la sangre. El hombre levantó una mano temblorosa y señaló hacia la ventana que daba a la ría.

—Vienen... —consiguió articular con una voz pastosa y rota—. Vienen... por el agua.

Souto corrió a la ventana y miró a través de las rendijas.

—¡Maldición!

En la ría, rompiendo la niebla, una lancha motora negra se acercaba a toda velocidad hacia el muelle de la casa. En la proa, dos hombres armados con fusiles automáticos se preparaban para desembarcar.

—Nos han encontrado —dijo Souto, cargando su pistola—. Y esta vez no traen silenciadores. Esta vez vienen a hacer ruido.

Elías guardó el cuaderno de bitácora en su pecho, junto al cronómetro.

—No podemos salir por delante. El coche es un blanco fácil.

Souto miró al gigante, luego a la puerta trasera que daba a los marjales.

—Por detrás. Hacia los carrizales. Si conseguimos llegar a los botes de los pescadores, tenemos una oportunidad.

—¿Y él? —preguntó Elías, mirando al "Silencioso".

El gigante les miró con un destello de lucidez repentina en sus ojos muertos. Sonrió, mostrando unos dientes rotos.

—Corred... —dijo—. Yo soy... el ancla.

Souto agarró a Elías del brazo.

—¡Vamos!

Salieron por la puerta trasera justo cuando la primera ráfaga de ametralladora destrozaba la fachada de madera de la casa de rayas negras y rojas, haciendo volar astillas como confeti mortal. La caza en los canales de Aveiro había comenzado.

CAPÍTULO 12

El Laberinto de Agua

El mundo se redujo a tres elementos básicos: el barro, la niebla y el ruido ensordecedor de la madera al astillarse.

Elías Varela y el Inspector Souto se lanzaron hacia los carrizales que rodeaban la parte trasera de la casa, agachados, casi reptando. Sus botas se hundían en el fango negro y pestilente de la ría con un sonido de succión obsceno, *chlop-chlop*, que parecía querer delatarles a cada paso.

A sus espaldas, la casa de rayas negras y rojas estaba siendo ejecutada. Las ráfagas de las ametralladoras no cesaban, convirtiendo la fachada en un colador. Elías, con el corazón golpeándole la garganta, se giró un instante. A través de una ventana rota, vio una llamarada. Alguien había lanzado un cóctel molotov o una granada incendiaria.

—¡No mire atrás! —ordenó Souto, tirando de él con fuerza—. ¡Muévase, Varela! Si la casa arde, la niebla se disipará por el calor y seremos patos de feria.

Avanzaron penosamente entre los juncos altos, que cortaban como cuchillos. El agua helada les llegaba ya por las rodillas, empapando los pantalones y congelando los huesos. Elías abrazaba el cuaderno de bitácora contra su pecho, protegiéndolo con su propia vida. Aquel libro húmedo era lo único que justificaba el infierno en el que se habían metido.

De repente, el tiroteo cesó. El silencio que siguió fue aún más aterrador que el ruido. Solo se oía el crepitar del fuego devorando la madera vieja de la casa y el grito lejano de alguna gaviota asustada.

—Han entrado —susurró Souto, agachándose tras un matorral denso—. Están rematando a "O Silencioso".

Elías cerró los ojos, rezando una oración breve por el alma del gigante que se había convertido en ancla.

—Tenemos que salir del agua, Inspector. Dejamos rastro.

Souto oteó el horizonte grisáceo. La marea estaba baja, dejando al descubierto un laberinto de canales y bancos de arena. A unos cincuenta metros, medio oculta por la bruma y varada en el lodo, se distinguía la silueta curvada de una embarcación.

—Allí —señaló Souto—. Un *moliceiro*. Esos botes de fondo plano se usan para recoger algas. Si logramos ponerlo a flote, podremos navegar por los canales poco profundos donde su lancha motora encallaría.

Corrieron hacia la barca, luchando contra la resistencia del lodo. Cada paso era una agonía para Elías, cuya edad le pasaba factura en cada respiración, pero el miedo es un combustible potente.

Llegaron al *moliceiro*. Era una barca elegante, con la proa y la popa curvadas hacia arriba como una media luna, pintada con colores

vivos que ahora, bajo la luz gris, parecían desvaídos. Estaba varada, pero el agua subía lentamente.

—¡Empuje! —gruñó Souto, metiendo el hombro contra la madera.

Elías apoyó las manos en la borda y empujó con todas sus fuerzas. Sus zapatos resbalaban. La barca gimió, se movió unos centímetros y volvió a asentarse.

—¡Más fuerte! —urgió el inspector—. ¡Ya vienen!

Desde la casa en llamas, se oyeron voces. Voces de mando, en portugués y alemán. Haces de luz de linternas potentes empezaron a barrer los carrizales, cortando la niebla como espadas de luz.

—*¡Hier! ¡Hier ist eine Spur!* (¡Aquí! ¡Aquí hay un rastro!) —gritó alguien.

Elías empujó hasta que sintió que los músculos de la espalda iban a romperse.

—¡Vamos, maldita sea! —exclamó, apretando los dientes.

La barca cedió. Con un sonido de liberación húmeda, el casco se deslizó sobre el fango y entró en el agua del canal. Flotó.

Souto y Elías se izaron al interior, cayendo sobre el fondo de madera lleno de restos de algas secas y redes viejas.

—Al suelo —siseó Souto, desenfundando su pistola.

El inspector se arrastró hasta la popa y agarró la *vara*, una larga pértiga de madera que se usaba para impulsar la embarcación en aguas someras. No podían usar remos; hacían demasiado ruido al golpear el agua. La vara era silenciosa.

Souto hundió la pértiga en el fondo y empujó. El *moliceiro* se deslizó suavemente, como un fantasma, adentrándose en la lengua de niebla que cubría el centro del canal.

Apenas se habían alejado veinte metros cuando tres figuras aparecieron en la orilla que acababan de abandonar. Iban armados con fusiles de asalto y vestían ropa táctica negra. Uno de ellos iluminó el agua con una linterna.

El haz de luz pasó rozando la popa del *moliceiro*. Elías contuvo la respiración, pegado a las tablas del suelo, sintiendo el olor a salmuera y miedo. Si les veían ahora, sin cobertura, serían masacrados.

El hombre de la linterna barrió la zona de izquierda a derecha. La niebla, espesa y lechosa, actuó como un escudo difusor. La luz rebotaba en las partículas de agua, creando un muro blanco impenetrable.

—*Nichts. Der Nebel ist zu dicht.* (Nada. La niebla es demasiado densa) —dijo una voz grave.

—Vuelvan a la lancha —ordenó otro, en portugués—. Rodearemos por el canal principal. No pueden haber ido lejos a pie.

Los hombres se retiraron. Souto esperó un minuto eterno antes de volver a hundir la vara.

—Nos hemos salvado por los pelos de un calvo —murmuró el inspector, secándose el sudor de la frente con la manga empapada.

Elías se incorporó lentamente, sentándose en el banco central. Sus manos temblaban incontrolablemente, no por el frío, sino por la descarga de adrenalina.

—No nos hemos salvado, Souto. Solo hemos ganado tiempo. Tienen una lancha rápida. En cuanto salgamos al canal abierto, nos cazarán.

—No si no nos ven —dijo Souto, recuperando la compostura—. Y no si sabemos adónde vamos. Usted tiene el cuaderno, Elías. ¿Qué dice exactamente?

Elías abrió el cuaderno de bitácora del SS Wolfram. La luz del amanecer empezaba a filtrar la niebla, permitiendo leer las anotaciones.

—La última entrada dice: "Canal IV. Profundidad 7 brazas. Donde las sombras se cruzan".

—Canal cuatro... —Souto miró a su alrededor. Estaban en un laberinto de islotes y lenguas de arena. Todo parecía igual—. ¿Cómo diablos sabemos cuál es el canal cuatro? Aquí no hay señales de tráfico.

Elías cerró los ojos y visualizó el mapa que había estudiado en la biblioteca con el profesor Cimadevilla. Su mente, entrenada para recordar el despiece de maquinarias complejas, reconstruyó la cartografía.

—El mapa de 1890 —dijo Elías, abriendo los ojos—. Los canales se numeraban desde la boca de la ría hacia el interior, siguiendo la ruta de la sal. El canal uno es el de entrada. El cuatro... el cuatro debe ser el que rodea la isla de **São Jacinto**. Es una zona antigua, casi abandonada por la sedimentación.

—¿Hacia el norte? —preguntó Souto.

—Sí. Hacia las dunas.

—Entonces tenemos un problema —dijo el inspector, señalando hacia proa con la cabeza—. La corriente de la marea está bajando

con fuerza hacia el mar. Remar a contracorriente con esta vara va a ser lento y agotador. Y ellos tienen motores.

Elías miró el cuaderno de nuevo.

—"Donde las sombras se cruzan"... —repitió—. Esa frase no es poética, Inspector. Es técnica. Igual que lo de la Casa Lys.

—¿A qué se refiere?

—En navegación, una "demora cruzada" o cruce de sombras se refiere a alinear dos puntos de referencia en tierra para triangular una posición en el agua. El capitán del *Wolfram* hundió el barco en un punto donde se alinean dos estructuras.

Elías miró hacia la costa lejana. A través de un claro en la niebla, vio la torre del Faro de Aveiro, alta y rayada de rojo y blanco.

—Ese es un punto —dijo Elías—. Necesitamos el otro.

—Tal vez la torre de la iglesia de Costa Nova —sugirió Souto, impulsando la barca con esfuerzo rítmico.

—No. Demasiado bajo. Tiene que ser algo alto, visible desde el mar en 1943. —Elías pensó en el paisaje de la guerra—. ¿Qué había aquí entonces que no haya cambiado?

De repente, un sonido lejano, grave y profundo, vibró en el aire. BUUUUUUM.

Era la sirena de niebla de la entrada del puerto.

—¡El sonido! —exclamó Elías—. No es una sombra visual, Souto. Es una sombra acústica. "Donde las sombras se cruzan" puede referirse a la zona donde el sonido de la sirena del faro se cruza con... con el eco de las dunas. O quizás con otra señal.

Souto le miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Elías, con el debido respeto, si nos ponemos a cazar ecos, nos van a meter una bala en la cabeza. Necesitamos algo sólido.

—Lo sólido está bajo el agua, Inspector. El barco. Y creo que sé por qué nadie lo ha encontrado en quince años.

—Ilumíneme.

—Porque no buscaron un barco de acero. El *SS Wolfram* no era un carguero militar. —Elías pasó la mano por la cubierta de cuero del cuaderno—. Monforte dijo que "O Silencioso" recuperaba cargamentos. El wolframio pesa mucho. Si lo cargaron en un barco grande, este se habría hundido en el fango hasta desaparecer. Pero si usaron barcazas de madera...

Elías miró el moliceiro en el que estaban.

—Si usaron barcazas como esta, y las hundieron cargadas de mineral... la madera se pudre, el mineral cae al fondo y el lodo lo cubre todo. No hay casco magnético que detectar. Es invisible.

—Entonces, ¿qué buscamos? —preguntó Souto, desesperado.

—Buscamos una anomalía en el agua —dijo Elías, señalando hacia un remolino extraño en la superficie del canal, a unos doscientos metros—. Mire allí. El agua forma rizos, como si hubiera un obstáculo sumergido que altera la corriente. Pero la carta dice que ahí hay siete brazas de profundidad. No debería haber nada.

Souto miró el remolino.

—¿Ese es el lugar?

—Es nuestra mejor apuesta. Y está cerca de la isla de São Jacinto.

—Bien. Agárrese, Varela. —Souto hundió la vara con determinación—. Vamos a ver qué hay debajo de ese remolino. Y rece para que no sea solo fango, porque oigo un motor acercándose por el sur.

El ronroneo de un motor potente se hizo audible a través de la niebla. La lancha de la Hermandad había dado la vuelta y entraba en el canal.

—Tenemos cinco minutos —calculó Souto—. Si encontramos algo, que sea rápido.

El *moliceiro* se deslizó hacia el remolino, hacia el punto donde el pasado y el presente estaban a punto de colisionar violentamente.

CAPÍTULO 13

La Tumba de Wolframio

El remolino en el agua no era natural. Era una cicatriz líquida, un vórtice lento que indicaba que algo enorme interrumpía el flujo de la marea en aquel canal olvidado.

Elías Varela se inclinó sobre la borda del *moliceiro*, ignorando el frío que le entumecía los dedos. El agua era turbia, color café con leche debido al lodo removido, pero a esa profundidad —siete brazas, unos doce metros— la oscuridad era total.

—Está aquí —susurró Elías, sintiendo una certeza que le vibraba en los huesos—. El *SS Wolfram*.

—Pues más vale que flote —gruñó el Inspector Souto desde la popa, empuñando la vara con desesperación para mantener la barca en posición contra la corriente—. Porque tenemos compañía.

El sonido del motor de la lancha negra se hizo más fuerte, un rugido de depredador que rebotaba en los bancos de niebla, haciendo

imposible saber de dónde venía exactamente. Estaban cerca. Muy cerca.

—No podemos sacarlo, Souto —dijo Elías, abriendo el cuaderno de bitácora una vez más—. Pero podemos abrirlo. El cuaderno dice que la carga estaba estibada en la bodega de proa, sellada con plomo.

—¡Varela, no sea iluso! —Souto soltó la vara y sacó su pistola—. ¡No tenemos equipo de buceo! ¡Y aunque lo tuviéramos, esos tipos nos van a coser a balazos en cuanto la niebla se levante!

—No necesitamos bucear. Necesitamos... —Elías miró a su alrededor, buscando una solución con la desesperación de un relojero que ve cómo se agota la cuerda—. Necesitamos pescarlo.

Sus ojos se posaron en las redes viejas que se amontonaban en el fondo del *moliceiro*. Entre ellas, había un arpeo, un gancho de hierro oxidado con cuatro puntas, atado a una cuerda gruesa de cáñamo. Los *moliçeiros* lo usaban para arrancar las algas del fondo.

—Souto, deme una mano.

Elías agarró el arpeo. Pesaba como un pecado. Lo lanzó al agua, justo en el centro del remolino. La cuerda se desenrolló rápidamente, quemándole las palmas de las manos.

Plof.

El gancho desapareció. La cuerda siguió bajando. Un metro. Dos. Cinco. Diez...

De repente, la tensión cesó. El arpeo había tocado fondo.

—Está abajo —dijo Elías.

Empezó a tirar, arrastrando el gancho por el lecho del canal. Sintió resistencia: fango, piedras... y entonces, un *clanc* metálico. Sordo. Pesado. No era roca. Era metal contra metal.

—¡Lo tengo! —exclamó Elías—. ¡He enganchado algo!

—¡Déjelo! —gritó Souto—. ¡Ahí vienen!

La niebla se abrió como un telón rasgado. A cincuenta metros, por la proa, la lancha negra surgió de la nada. Iba rápido, levantando una estela de espuma blanca. En la cubierta, un hombre con un fusil ametrallador apuntó hacia ellos.

—¡Al agua! —gritó Souto, agarrando a Elías por la solapa de la gabardina y tirándose con él por la borda contraria.

El agua helada de la ría fue un shock brutal. El frío les cortó la respiración, clavándose en el pecho como mil agujas. Se hundieron en el agua turbia justo cuando la ráfaga de balas destrozaba la madera del *moliceiro*.

¡Rat-tat-tat-tat!

Astillas y trozos de pintura volaron por los aires. La barca, perforada, empezó a hacer agua.

Bajo la superficie, el mundo era un silencio amortiguado y verdoso. Elías, luchando contra el pánico y el peso de su ropa mojada, abrió los ojos. El agua salobre le escocía, pero pudo ver algo.

La cuerda del arpeo seguía tensa, bajando hacia las profundidades. Y abajo, semienterrada en el lodo como un monstruo prehistórico, se adivinaba una forma oscura. Un casco de madera y hierro, podrido por quince años de inmersión, pero aún reconocible.

Era una barcaza fluvial grande, de las que se usaban para el transporte pesado. Y en su cubierta, donde el arpeo de Elías se había enganchado, algo brillaba débilmente. No era oro. Era el brillo grisáceo y apagado de una caja de metal que se había abierto con el impacto del gancho.

Elías sintió que los pulmones le ardían. Necesitaba aire. Pataleó hacia la superficie, rompiendo el agua con una bocanada desesperada.

Souto emergió a su lado, tosiendo y escupiendo agua salada.

—¡Están virando! —jadeó el inspector—. ¡Van a darnos otra pasada!

La lancha negra había girado y volvía hacia ellos para rematar la faena. El *moliceiro* se hundía lentamente, ofreciendo una cobertura ridícula.

—¡Abajo! —gritó Elías—. ¡El pecio! ¡Es nuestra única oportunidad!

—¿Qué dice? —Souto le miró con los ojos desorbitados—. ¡Nos ahogaremos!

—¡Mejor ahogados que fusilados! ¡Tome aire!

Elías no esperó respuesta. Se agarró a la cuerda del arpeo, que aún colgaba de la barca que se hundía, y tiró de ella hacia abajo, usándola como guía. Souto, comprendiendo que no había otra salida, hizo lo mismo.

Se sumergieron de nuevo, descendiendo hacia el cementerio del *Wolfram*.

A medida que bajaban, la luz se desvanecía. La presión en los oídos era dolorosa. A los cinco metros, Elías sintió que la cabeza le iba a

estallar. Pero siguió bajando, impulsado por una fuerza que no era física.

Llegaron a la cubierta del barco hundido. El lodo se levantaba en nubes fantasmales a su alrededor.

Elías soltó la cuerda y se agarró a la barandilla podrida. Souto estaba a su lado, con los ojos abiertos de par en par, luchando contra el instinto de respirar.

Elías señaló la caja metálica que el arpeo había reventado. Se acercó a ella, moviéndose en cámara lenta. Dentro no había lingotes de wolframio.

Había tubos.

Cientos de tubos de metal, sellados con cera roja, apilados ordenadamente. Parecían estuches de mapas o planos de arquitectura.

Elías agarró uno de los tubos. Pesaba poco. Estaba hecho de plomo para resistir el agua.

Miró hacia arriba. La superficie del agua, allá arriba, se iluminó con destellos. Las balas estaban entrando en el agua, trazando líneas de burbujas plateadas que perdían fuerza antes de llegar al fondo.

Souto le agarró del brazo y señaló su propia garganta. Se estaba asfixiando.

Elías asintió. Tenían el tubo. Tenían la prueba. Ahora tenían que salir sin que les vieran.

Se impulsaron contra el casco del barco hundido y nadaron, no hacia arriba, sino en diagonal, aprovechando la corriente de fondo que les arrastraba hacia los carrizales de la orilla opuesta.

Emergieron entre los juncos, a unos cincuenta metros de donde se había hundido su barca. Salieron a la superficie con el sigilo de dos nutrias, aspirando el aire con avidez dolorosa.

Desde su escondite, vieron la escena.

La lancha negra daba vueltas alrededor de los restos flotantes del *moliceiro*. Uno de los hombres disparaba ráfagas cortas al agua, asegurándose de que nadie hubiera sobrevivido.

—*Keine Überlebenden. Wir haben sie erwischt.* (Sin supervivientes. Los hemos atrapado) —dijo una voz en alemán que llegó nítida a través del agua.

La lancha se detuvo unos segundos más y luego, con un rugido de motores, se alejó hacia el norte, hacia la desembocadura de la ría, convencidos de haber cumplido su misión.

Souto se dejó caer de espaldas en el barro de la orilla, temblando violentamente por la hipotermia.

—Se han ido... —dijo, castañeteando los dientes—. Creen que estamos muertos.

Elías se sentó a su lado, abrazando el tubo de plomo contra su pecho mojado. Él también temblaba, pero no de frío.

—Estamos muertos, Inspector. Oficialmente, Elías Varela y el Inspector Souto murieron hoy en la ría de Aveiro. Y eso es lo mejor que nos podía pasar.

—¿Por qué? —preguntó Souto, mirando el tubo—. ¿Qué hay ahí dentro que valga nuestras vidas?

Elías desenroscó la tapa del tubo. La cera roja cedió. Dentro, enrollado, había un documento de papel vegetal, protegido de la humedad por el plomo.

Lo sacó con cuidado. No era un mapa. No eran coordenadas.

Era una **lista**.

Una lista mecanografiada, con fechas de 1944. Nombres, apellidos, cargos. Y al lado de cada nombre, una cifra en marcos alemanes y otra en lingotes de oro.

Souto se incorporó y miró el papel por encima del hombro de Elías. Leyó el primer nombre y palideció.

—Cielos... —susurró—. Ese es... ese es el Ministro de...

—Siga leyendo —dijo Elías, recorriendo la lista con el dedo mojado—. Jueces del Tribunal Supremo. Generales. Banqueros. Obispos.

Elías llegó al final de la página. Allí, como una firma de la infamia, estaba el nombre que cerraba el círculo.

> Familia Ulloa - Casa Lys (Salamanca) / Pazo del Deán (Tui)
>
> Encargados de la logística transfronteriza y custodia de activos.

—No era wolframio, Souto —dijo Elías, levantando la vista hacia el cielo gris de Portugal—. El wolframio era la excusa. Lo que traficaban era **impunidad**. Esta es la nómina de la corrupción que construyó el régimen. La Hermandad no es una banda de contrabandistas. La Hermandad es el Estado.

Souto se dejó caer de nuevo en el barro, abrumado por la magnitud del descubrimiento.

—¿Y qué hacemos ahora, Elías? No podemos ir a la policía. No podemos volver a España. Estamos muertos.

Elías guardó la lista en el tubo y lo cerró con fuerza. Se puso en pie, tambaleándose, pero con una mirada de acero en los ojos.

—Ahora, Inspector, vamos a hacer lo único que un hombre muerto puede hacer. Vamos a convertirnos en fantasmas.

Elías miró hacia el sur, hacia Lisboa.

—Tenemos la prueba. Pero para usarla, necesitamos llegar a alguien que esté fuera de la lista. Alguien que no tenga precio.

—¿Existe alguien así? —preguntó Souto con escepticismo.

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo.

Elías tendió la mano al inspector y le ayudó a levantarse. Cubiertos de barro, empapados y agotados, los dos hombres comenzaron a caminar hacia el interior, alejándose del agua, dejando atrás la tumba del *SS Wolfram* y adentrándose en el exilio.

La niebla se cerró tras ellos, borrando sus huellas. La caza había terminado.

La guerra acababa de empezar.

EPÍLOGO

El Precio de la Sombra

Coimbra, tres días después.

La ciudad universitaria dormía bajo una luna pálida. En una pequeña pensión del barrio bajo, dos hombres que no existían miraban un mapa de Lisboa extendido sobre una mesa coja.

Elías Varela se había cortado el pelo y se había dejado un bigote gris que le cambiaba la expresión. El Inspector Souto, ahora vestido con ropa de obrero, limpiaba su pistola con un trapo aceitoso, un hábito del que no podía desprenderse.

Sobre la mesa, el tubo de plomo brillaba bajo la luz de una bombilla desnuda.

—El contacto ha respondido —dijo Elías, colgando el auricular del teléfono del pasillo y entrando en la habitación—. Nos espera en el Barrio de Alfama. Dice que tiene una imprenta clandestina.

—¿Es seguro? —preguntó Souto, montando el arma con un clic seco.

—Nada es seguro, Souto. Pero es nuestra única opción. Vamos a imprimir esa lista. Vamos a empapelar las calles de Lisboa y Madrid con la verdad.

Souto asintió.

—Bien. Entonces vámonos a la capital.

Elías se acercó a la ventana y miró a la calle desierta. Sabía que el "Ajustador" no había dejado de buscarles. Sabía que Klaus, ese fantasma de traje impecable, estaría ya oliendo su rastro.

—Prepárese, Inspector —dijo Elías, cerrando la cortina—. El laberinto de vidrio de Salamanca fue solo el principio. Ahora vamos a entrar en el laberinto de piedra de Lisboa. Y allí, las sombras son mucho más largas.

FIN DEL LIBRO 1

SINOPSIS

En la Galicia de 1958, bajo la opresiva atmósfera de la dictadura, el reloj de la Catedral de Tui se detiene fatídicamente a las 03:33 de la madrugada con el cadáver del archivero atrapado en su maquinaria. Lo que las autoridades intentan cerrar como un trágico accidente provocado por una tormenta es desenmascarado por Elías Varela, un exjuez y relojero, quien descubre que el mecanismo fue saboteado deliberadamente con una pieza de porcelana proveniente de la enigmática Casa Lys en Salamanca. Junto al Inspector Souto, Elías se ve arrastrado a una peligrosa investigación que destapa la existencia de "La Hermandad", una intocable red de poder forjada en el contrabando de wolframio durante la Segunda Guerra Mundial.

Perseguidos por un letal asesino conocido como el "Ajustador", los protagonistas siguen un rastro de pistas ocultas que los lleva desde los vidrios modernistas de Salamanca hasta los brumosos canales de Aveiro, en Portugal. Allí, en una carrera contra el tiempo y tras cruzar una frontera que es una trampa, descubren que el verdadero tesoro que la Hermandad protege no es oro, sino una lista negra de sobornos que implica a las más altas esferas del Estado. Tras sobrevivir a una emboscada en la ría, Elías y Souto comprenden que su única salida es fingir su propia muerte para convertirse en fantasmas y, desde las sombras, intentar derribar el imperio de corrupción que han sacado a la luz.

ÍNDICE

TRILOGÍA: EL MECANISMO DE LAS SOMBRAS

LIBRO 1: NIEBLA EN EL MIÑO

PRÓLOGO: El Último Latido del Hierro

CAPÍTULO 1: El Silencio del Hierro

CAPÍTULO 2: La Cena de los Hipócritas

CAPÍTULO 3: El Fantasma de la Frontera

CAPÍTULO 4: La Cartografía del Miedo

CAPÍTULO 5: El Expreso de la Noche

CAPÍTULO 6: La Ciudad de Piedra y Hielo

CAPÍTULO 7: El Vientre de la Libélula

CAPÍTULO 8: Cristales Rotos

CAPÍTULO 9: La Raya

CAPÍTULO 10: La Boca del Lobo

CAPÍTULO 11: Los Colores del Silencio

CAPÍTULO 12: El Laberinto de Agua

CAPÍTULO 13: La Tumba de Wolframio

EPÍLOGO: El Precio de la Sombra